

Ilustracion Artística

AÑO XVI

BARCELONA II DE ENERO DE 1897

Núm. 785

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

VISTAS DE FILIPINAS

Una calle en el arrabal de Tondo. — Este arrabal, que se halla situado junto al mar y al extremo Norte de la ciudad de Manila, está compuesto de caserío de caña y nipa y fué en gran parte destruído por un incendio en 1893. La calle que reproducimos no es de las principales, como fácilmente puede deducirse de lo destartado de los edificios que en ella se levantan; pero en cambio tiene un aspecto en alto grado pintoresco y es de bastante tránsito porque da salida á los cuarteles y porque en ella habitan las más de las cigarrerías que trabajan en varias fábricas. Su urbanización no sólo es deficiente, sino que casi puede calificarse de nula. Por ser muy concurrida hay en ella muchos puestos de comida ó *calenderías*, y tabernas en donde se vende el *tubá*, bebida espumosa que los hijos del país prefieren á los más exquisitos licores.

Una calle de Caloocán. — El pueblo de Caloocán pertenece á

la provincia de Manila y cuenta 8.500 habitantes: la calle que publicamos, de aspecto típico por sus casas de nipa y por la exuberante vegetación que por doquier se admira en ella, conduce á otro pueblo inmediato llamado Obando, en donde se celebra todos los años con gran pompa la fiesta de San Pascual, á la que acuden en romería los vecinos de todas las poblaciones cercanas.

Estatua de Carlos IV. — Esta estatua, erigida en 15 de abril de 1805, se alza en la principal plaza de Manila, la de Palacio, una de cuyas fachadas formaba el magnífico palacio del capitán general, destruído por un terremoto en 1860, y en otra de las cuales están las Casas Consistoriales; es de bronce, fundida en Manila, y constituye una verdadera obra de arte. Fué levantada en honor de aquel monarca en reconocimiento á haber ordenado la conducción de la vacuna transmitida de brazo en brazo, introduciendo tan inmenso beneficio en el archipiélago filipino.

Carrera de María Cristina. — Es un paseo ameno y delicioso situado en las afueras de Manila y á orillas del mar. Unido por un extremo con el paseo de la Luneta y por otro con el del Malecón, se ve muy concurrido todas las tardes, especialmente en los días festivos. Tiene mucho parecido, como paseo, con nuestro Paseo de Gracia, pero no hay en él más edificios que la Capitanía del Puerto y la artística caseta de los prácticos.

Plaza del arrabal de Malate. — El barrio de Malate hállase situado al extremo opuesto que el de Tondo. La plaza es muy bonita y está adornada de jardines y elegantes surtidores: en su centro se levanta la estatua de Isabel II; en uno de sus lados hay la iglesia parroquial y en otro el Tribunal Municipal, y de ella arranca una calle que conduce al cementerio Maytubig.

Las fotografías que reproduce el grabado de esta página son del reputado fotógrafo D. Félix Laureano.



ISLAS FILIPINAS

Vistas reproducidas de fotografías de D. Félix Laureano



Texto.—*Vistas de Filipinas. Una calle en el arrabal de Tondo. Una calle de Calocán. Estatua de Carlos IV. Carrera de María Cristina. Plaza del arrabal de Malate.*—*La vida contemporánea. Año más*, por Emilia Pardo Bazán.—*Figuras contemporáneas. La emperatriz Eugenia*, por Ruy Blas.—*El «Señorito»*. Cuento del día de Reyes, por Alejandro Larrubiera.—*Amor de criolla. Narración paraguaya*, por P. Saffu-do Autrán.—*Nuestros grabados.*—*Miscelánea.*—*La ondina de Bretaña*, novela por Pedro Mañé, con ilustraciones de Vicente Cutanda.—*Las mujeres en la Exposición de la Real Academia de Londres*, por A.—Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*Islas Filipinas. Vistas reproducidas de fotografías.*—*La ex emperatriz Eugenia*, según una fotografía de León Noel, copia del cuadro de Francisco Javier Winterhalter.—*Florcilla campestre*, escultura de Miguel Blay.—*Re-cuerdo del día de Reyes*, dibujo de A. Forestier.—*Islas Fili-pinas. Vendedoras de cacao en Pasay, Manila. Mofiganga de una corrida de toros en Ilo-Ilo.*—*Por cuestión de novio*, cuadro de E. de Blaas, grabado por Bong.—*Niño romano*, escultura de Francisco Viciano.—*Mlle. Fernanda Lorey*, célebre ama-zona francesa.—*Luis Felipe*, duque de Braganza, príncipe heredero de Portugal.—*Busto de niño*, obra de Miss Edith A. Bell.—*Pietro Corsi*, escultura de Miss F. Isabel Swan.—*Dios Natalis*, cuadro de Miss Margarita Wake.—*La primera lección*, cuadro de Mistris J. W. Grey.—*Busto en relieve de G. Clark*, obra de Miss Florence H. Steele.—*Busto en relieve*, obra de Miss Frances A. Dudley-Rolls.—*Un marino*, cua-dro de Virginia Demont-Breton.—*Una visión*, bajo relieve de Jorge Frampton.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AÑO MÁS

Al ver en la eternidad el de 1896, hemos brindado de todo corazón, en la mesa de un gran patriota, por que el nuevo año no se parezca a su antecesor. Y hay síntomas de que no se parecerá, y esperanzas de que será mejor—al menos para nosotros.—De las dos gue-rras, una por lo menos está herida en el ala, y la otra será dominada infaliblemente si se despliegan la ener-gía y el rigor que los acontecimientos imponen. En previsión de que así suceda, podrían añadirse muchas observaciones para lo venidero, no pocos avisos a nuestros políticos, desprevénidos siempre en lo que se refiere a las colonias. Si se consigue apagar el in-cendio de Filipinas, habrá que pensar después en el modo de que no vuelva a reproducirse; habrá que po-ner en práctica medidas y arbitrios para que ese in-menso archipiélago, feracísimo y poblado por gentes a las cuales debemos ser superiores en cultura y en moralidad, no vean en nosotros a una gente inicua, a unos explotadores, sino a unos protectores, cuya au-toridad se funda en la superioridad precisamente.

A Filipinas van también funcionarios honradísi-mos, y alguno conozco yo; pero es lo cierto que por todos los gobiernos y por todos los partidos políticos, Filipinas ha solido considerarse especie de *remedia-vagos* peninsulares, asilo de incurables perezosos ó vi-ciosos, capa de *engrais* favorable al cultivo de esos hongos oficinescos y burocráticos que aquí brotan al amparo de las influencias oficiales. Hace tiempo oí contar que en un café de Madrid, un funcionario des-tinado a Filipinas lanzó esta frase cínicamente inge-niosa: «Me envían a Ilo-Ilo, pero yo sabré convertirlo en *guita-guita*». Ello puede ser chusca invención, ó agudeza sin trascendencia real; pero ¡qué mal suena en nuestros oídos cuando vemos salir trenes y trenes con carga de soldados que van a Oceanía a extinguir con su sangre la hoguera que estas centellas prendie-ron tal vez!

* *

Dejando tal asunto, que contrista, recordemos que el año 96 ha concluido entre aplausos tributados a la memoria del Molière español, ó sea D. Manuel Bre-tón de los Herreros. Se había pensado en solemnizar el centenario de su nacimiento, que sucedió el 19 de diciembre de 1796, en el pueblo de Quel, provincia de Logroño; la idea era acariciada por dos escritores muy queridos del público y capaces de dar calor de vida a cualquier proyecto, *Kasabal* y Mariano de Ca-via: se susurraba que en un señorial palacio no aca-bado de decorar todavía, podría organizarse un baile en que damas y caballeros vistiesen los trajes de la época de Bretón; se soñaba, en fin, una curiosa re-construcción de tipos y costumbres, pretextada por un homenaje al príncipe de los autores cómicos espa-ñoles en el presente siglo, dictado que se aplica a Bre-tón de los Herreros. No llegaron a cuajar estos pro-yectos, y todo lo que se hizo en honra a Bretón redú-jose a una velada en el Ateneo, obsequio tributado a

otros escritores. Con tal motivo, sin embargo, el nom-bre de Bretón ha vuelto a sonar y a destacarse su figura literaria.

El Molière español era ciertamente inferior al ilus-tre cómico francés, no por la cantidad, pues Bretón fué fecundísimo—se le cuentan ciento setenta y cinco comedias en verso,—sino en la calidad de la *vis* có-mica, la intención y alcance de la sátira, la humani-dad de los tipos. Decir Molière es decir el avaro, el hipócrita, el misántropo, el pedante, la coqueta, la aristócrata infatuada, el aprensivo, el villano hecho señor y que sigue oliendo a ajos como antes, el ma-rido burlado, el pleiteante, la *preciosa*; y en el estu-dio de estas pasiones, debilidades y ridiculeces raya tan alto Molière, que nadie podrá nunca imaginar un *Tartuffe* superior al suyo, ni igual siquiera; es de esas creaciones en que el genio pone su sello definitivo, su marca de garra de león. Carácter que en su tro-quel funde Molière, queda eternizado en bronce. Se-ría inútil buscar en el repertorio de Bretón nada pa-recido a *Tartuffe* ó al *Avaro*. Después de leer sus me-jores comedias, ninguna figura saliente, exceptuando tal vez la donosa silueta de *D. Frutos Calamocha*, permanece en pie y gritando «existo.» Es la sátira de Bretón cosa a flor de epidermis social, que no penetra hondamente ni en el alma, ni aun diseca el cuerpo.

A no poseer Bretón tanto chiste, tal naturalidad y tan copiosa vena, hasta podría calificarse de anodi-na su sátira. Diríase que sólo veía Bretón, del vasto cuadro de las flaquezas humanas y de las anomalías sociales, aquello que un espíritu benévolo y optimista hasta la alegría puede ver de una ojeada. Si le falta la sólida razón y la amarga filosofía de Molière, tam-poco tiene los rasgos sentimentales a lo dieciocheno de Moratín, el verdadero modelo que Bretón se pro-puso. ¿Qué nos enseña Bretón en sus mejores come-dias? Que la vida del campo puede no ser tan tran-quila y apacible como nos la figuramos desde la ciu-dad; que hay aldeanos muy brutos y muy mal inten-cionados; que también en la aldea nos sale al paso la sociedad, con todos sus inconvenientes y sin ninguna de sus halagüeñas delicadezas; que los padres no de-ben obligar a sus hijas a casarse con un hombre que las repugna (esto ya lo sabíamos por Moratín, el cual nos lo había dicho con mayor intensidad, como actor que fué en uno de esos dramas íntimos de corazón violentado); que las viuditas, adiestradas por la expe-riencia, son capaces de marear al que las pretende; que cuando nos morimos, el mundo sigue rodando como si tal cosa, y que aprenderíamos mucho si pu-diésemos morirnos temporalmente y ver lo que des-pués sucedía; que en algunos matrimonios, si la mu-jer vale más que el marido, ella lleva los pantalones, como suele decirse, y que los cónyuges desunidos no acertarán a hacer cosa más provechosa que unirse y entenderse, y no dar que reír al diablo. Este es poco más ó menos el jugo que se extrae del teatro de Bre-tón en cuanto a ideas; nadie negará que no alcanza a llenar un dedalito. Su miopia de fondo era tanta, que el argumento de *Marcela* ó *cuál de los tres?* le sirvió, vuelto y remendado, para escribir varias piezas, co-piándose a sí mismo y sin acertar a descubrir nuevas combinaciones. Larra decía acertadamente, que con el asunto de *Marcela*, otro autor se hubiese visto apurado para hacer una sola comedia, y Bretón había hecho nada menos que tres. Alabanza de doble filo, poco lisonjera en el fondo; y lo peor es que Larra, aunque algo desautorizado en su severidad crítica porque era muy mal autor dramático, tenía razón.

Lo admirable en Bretón de los Herreros, aparte de esta facilidad para armar una comedia sobre la punta de un alfiler, es la abundancia de la vena poética, lo castizo y rico de la forma. Pasma su facilidad de ver-sificador, don genuino de la raza española, mérito que ya casi no se aprecia en el día, porque lo agota-ron los Bretones y los Serras. Versificador más que poeta; imaginación y carácter de prosista sensato, pe-ro de prosista que tiene la música del ritmo en el oído y en la pluma, y en quien bullen y hierven los versos y los asonantes y consonantes, como en las mallas de la red las plateadas sardinas, Bretón llegó a hacer en verso habilidades y juegos malabares que enriquecie-ron la lengua, demostrando su flexibilidad y sus in-agotables recursos, sus múltiples registros del sobre-agudo al grave. Es verdad que le habían abierto ca-mino nuestros autores del siglo de oro, tan maestros en trabajar la pasta del idioma.

Mas no bastan la habilidad y la destreza: por la de-ficiencia del fondo dramático y de la doctrina está ol-vidado y fuera del repertorio Bretón. En toda mi vida he visto representar más que una vez *Marcela*, sin duda de las comedias de Bretón la que mejor soporta el público actual. La ocasión ahora era favorable para refrescar los laureles del autor de *El pelo de la de-he-sa*, pero en ningún teatro veo que los actores se deci-

dan a arrostrar el frac de ala de pichón y las actrices el peinado de castillo y de *baterías*. Estamos más dis-tantes de 1830 que del siglo XVII. La España de Lope nos parece contemporánea, mientras la de Bretón sólo la encontraríamos, yerta y mustia, revolviendo los ca-jones y armarios de nuestras abuelas. Al morir Bretón en la fecha relativamente reciente de 1873, estaba punto menos *pasado* que hoy. No sé si diga que esta-ba más, porque la tendencia de nuestra cultura pre-sente es a que reverdezcan los troncos viejos y ca-ducos.

* *

Lo único que de Bretón persiste en la memoria de los aficionados a las letras son ciertas anécdotas refe-rentes a su carácter irritable y violento (¿quién lo adi-vinaría al leerle?) y algunos epigramas oportunos y sa-zonados, migajas caídas de su pluma (nunca es-cibiré, tratándose de Bretón, *de su lira*). Nadie igno-ra el que asestó al famoso médico y filósofo Mata. Vivían en la misma casa y con las puertas de los pisos enfrentadas el cómico y el doctor, y a éste le aburrían los continuos campanillazos de la gente que se equi-vocaba creyendo llamar a la puerta de Bretón de los Herreros, por lo cual colocó en la suya el siguiente cartel:

«En esta mi habitación
no vive ningún Bretón.»

El desahogo era inocente, pero se le indigestó al autor de *Marcela*, que acto continuo replicó en su me-tro predilecto (cito de memoria y no respondo de la exactitud):

«En aquesta vecindad
vive un médico poeta
que al pie de cada receta
pone *Mata...* y es verdad.»

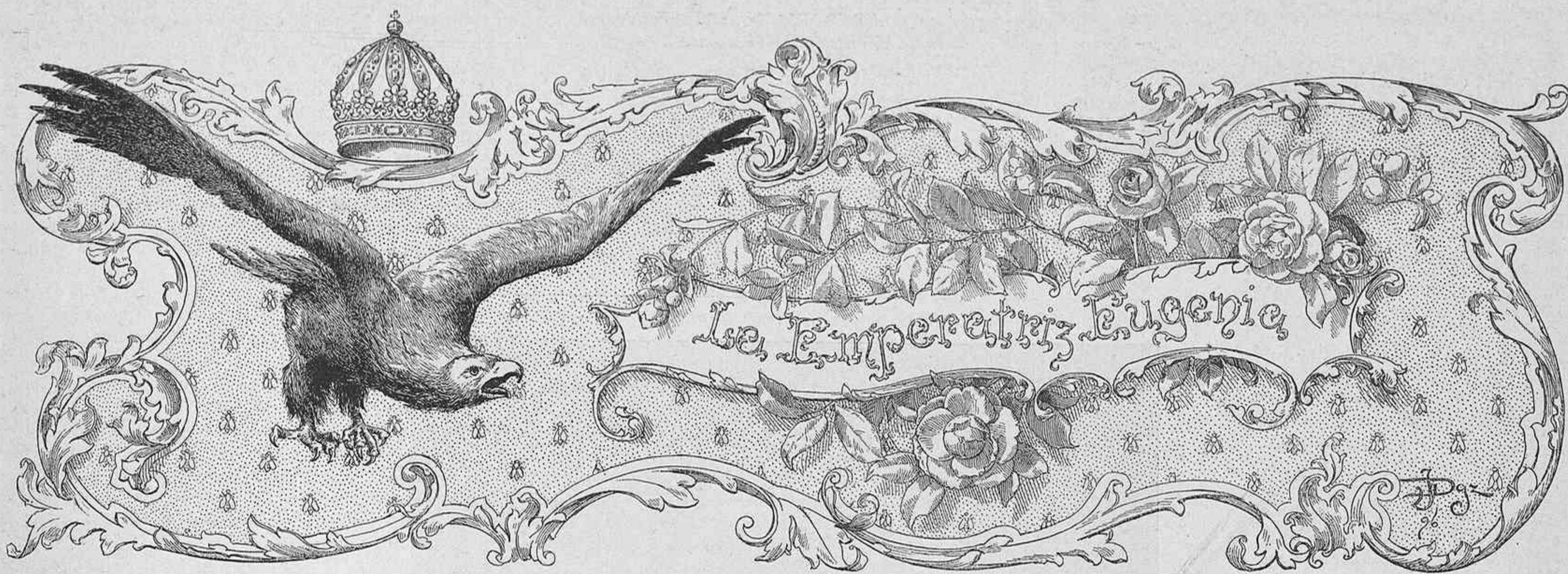
Mucho contribuyó a agriar el genio de Bretón la desdicha de haber perdido un ojo. Las burlas que le recordaban este defecto físico le enfurecían, y Ventura de la Vega, Espronceda y Larra no las escasearon ciertamente. Entre sí llamaban a Bretón el *Tuerto*, y a veces, con más dureza, *ese maldito tuerto*; porque mientras los románticos del Parnasillo hacían gala de vida bohemia y de no tener un ochavo que no derro-chasen inmediatamente, Bretón (que había realizado vanos esfuerzos por adaptarse al romanticismo litera-rio) tampoco en el vivir se les parecía, guardando cuidadosamente el dinero y no malgastando aquella fibra robusta que le permitió llegar a la avanzada edad de setenta y siete años; y esta doble parsimonia inco-modaba a los chispeantes perdidos que no compren-dían que nadie se defendiese ni contra la miseria ni contra los males. Ventura de la Vega se indignaba cuando, al pedir a Bretón un duro, Bretón le respon-día ásperamente: «Si fumases del estanco y gastases camisas gordas como las mías en vez de esa camisa de olán, no andarías siempre fastidiando a los ami-gos.»

Los presentes se reían de la filípica; y Ventura de la Vega, sin perder minuto—me lo ha referido un testigo presencial, señor anciano cuando le conocí, íntimo amigo de todos los literatos de aquel período,—se arrancaba con la siguiente quintilla:

«Una víbora picó
A Manuel Bretón el tuerto.
¿Qué diréis que sucedió?
¿Murió Bretón? No por cierto:
¡La víbora reventó!»

Aunque no alcance Bretón a la cima de la gloria dramática, debemos sentir que no se haya celebrado cumplidamente el centenario de su nacimiento. Somos tan ricos en esto del teatro, que desdénamos las per-las; en el estuche de Bretón las hay; y si no se quiere que se les llame perlas, les llamaremos granitos de sal castiza y de mostaza ligera, que no levanta roncha; la mostaza del moralista y del satírico superficial y sin hiel, y la sal ática y limpia de un gran hablita y de un hombre de buen sentido vulgar, pero sano y sin afectación. El trato con Bretón puede servir de des-canso y de medicina en estos tiempos de teatro com-plicado y febril. En la tersa corriente bretoniana no veremos copiarse sino rostros conocidos, escenas sen-cillas y de un humorismo familiar. No nos dará jaque-ca Bretón, a no ser por la prestigiosa maraña de sus rimas y el martilleo de su vivaz estilo poético. Sólo temo que un autor de tan grata y entretenida lectura no pueda ya cautivar al espectador. Por eso es lásti-ma que no se haga la prueba.

EMILIA PARDO BAZÁN



FIGURAS CONTEMPORÁNEAS

LA EMPERATRIZ EUGENIA

No la llamaremos ex emperatriz, porque no perdió la soberanía al ser derrocado el trono imperial de Francia. Después de cinco lustros de luto y de tristeza, la viuda de Napoleón III sigue siendo soberana, grande en la desolación, grande en la majestad del infortunio.

Después de largos años de extrañamiento y de olvido, su interesante figura reaparece en el suelo patrio como el espectro de la desgracia. Muerta para sus contemporáneos, sepultada ya en el panteón de la Historia, resucita en el recuerdo de uno de los desastres más terribles de este siglo.

Parece que era ayer; tan hondas é indelebles han sido las impresiones causadas por aquellos trágicos sucesos. Agregado á una ambulancia formada en Montpellier y destinada al teatro de la guerra, llegué á París por primera vez, al mismo tiempo que la noticia de la derrota de Sedán.

Una muchedumbre amotinada, amenazadora, había invadido el jardín de las Tullerías á los gritos de ¡Abajo el Imperio!.. ¡Viva la República!..

Pero á estos gritos, que eran anuncio de una tremenda crisis, se unía otro que evidenciaba la ligereza ingénita de los parisienses, que mezclan eternamente lo burlesco con lo dramático.

Este otro grito era el de ¡Viva Sardou!

Sí, Sardou, el autor cómico, que desnudo el pecho y descubierta la cabeza, guiaba á la guardia nacional contra la tropa.

Y la muchedumbre lo aplaudía, quizás porque su perfil recordaba el de Napoleón el Grande en el momento en que la nación proscribía para siempre á Napoleón el Pequeño.

Sin embargo, al constituirse en héroe de barricadas, el ingenioso dramaturgo, que en manera alguna pretendía formar parte del gobierno, no hacía más que intercalar una escena cómica en la gran tragedia de París, para proteger la huida de la emperatriz Eugenia y evitar el incendio de las Tullerías.

Como Luis Felipe, la Regente del último Imperio no abandonó el palacio hasta que su servidumbre la obligó á huir; y como aquel monarca, Eugenia huyó á la hora del almuerzo, cuando la regencia no era ya posible.

La guardia que entró proclamando la República, encontró aún sobre la mesa imperial el cubierto servido y uno de los dos huevos pasados por agua de que se componía aquel frugal almuerzo, bruscamente interrumpido por la soberana para seguir á uno de sus últimos servidores, que la hizo huir apresuradamente por el Louvre, á fin de evitar que cayese en manos del pueblo enfurecido.

Aún se veían en los manteles arrugados las huellas

de una crispación de dedos, señales evidentes de la lucha que la emperatriz debió sostener en el fondo de su alma activa antes de ceder á la fuerza.

Sus habitaciones particulares sirvieron de alojamiento al comandante del Estado mayor de París, quien pudo deducir de los detalles del mobiliario los senti-

Esta procuraba imitar á María Antonieta, á quien tomó por modelo para su mobiliario y su *toilette*, «esperando, según decía, el momento de acabar como ella.»

Otro había de ser su destino, menos violento, pero más cruel.

No tuvo nunca el espíritu altanero de la esposa de Luis XVI, ni los gustos desordenados de la emperatriz Josefina, á la cual se parecía más en el carácter.

Salió de las Tullerías no para subir á una carreta y terminar bruscamente su vida en el patíbulo, sino para refugiarse en un coche de alquiler y empezar una larga carrera de desdichas.

Por sus infortunios nada ha tenido que envidiar á Josefina ni á María Antonieta.

Una gran duquesa que amargó sus días, disputándole el poderío hasta las gradas del trono, con las armas de la seducción y la hermosura, la llamaba en son de burla Su Majestad Cenicienta.

Al apellidarla así, aquella rival aludía tanto al color de su pelo, de un rubio casi albino, como á las accidentadas fases de su vida, que parecían un cuento de hadas.

Y nunca recordó tanto á la Cenicienta como en aquel terrible momento en que, arrojada de su trono resplandeciente, erraba por la gran ciudad llamando de puerta en puerta en demanda de un asilo, jella, que había albergado en las Tullerías á todos los potentados de Europa, postrados hasta entonces ante su poder y su belleza!

Era ya entrada la noche cuando encontró el ansiado refugio en casa de su dentista, quien la puso inmediatamente en camino para Deauville, donde encontró un yate dispuesto á transportarla á Inglaterra en compañía de una dama de honor.

Para llegar á bordo, las dos fugitivas tuvieron que andar media legua á pie por un terreno fangoso, lleno de charcos, y en la travesía encontraron una tempestad horrosa que las tuvo veintiséis horas en el mar. La esposa errante de Luis Napoleón estuvo á punto de naufragar al mismo tiempo que su imperio.

Eugenia y su dama de honor llegaron á Hastings con los vestidos rotos, mojados, sucios, pegados á sus cuerpos ateridos. Presentáronse sucesivamente en varias fondas, cuyos dueños se negaron á admitirlas, tomándolas por miserables vagabundas. Al cabo de mucho mendigar un albergue, se les ofreció un sotabanco en el hotel de la Marina, donde una criada cuidó de lavarles y secarles las ropas mientras estuvieron acostadas, pues no tenían otro traje que ponerse.

La vida de esta soberana es de las que hacen creer en el fatalismo. No hay etapa en que no la persiga el infortunio. Aun en medio de sus grandezas se ve condenada por el destino á crueles torturas. Doncella, ve al hombre amado tomar por esposa á su hermana rival. Casada, halla en las infidelidades de su augusto



LA EX EMPERATRIZ EUGENIA

(según una fotografía de León Noel, copia del cuadro de Francisco Javier Winterhalter)

mientos piadosos y las condiciones de carácter de la soberana.

En su biblioteca, las obras de Proudhon se codeaban con las novelas más insustanciales del siglo XVIII y con todo el repertorio místico de la época.

En las paredes, cubiertas de ricos tapices, alternaban imágenes de santos con juguetones amorcillos, relicarios con medallones, Vírgenes de Perugino con bustos de hembras que recordaban las bacantes de Clodio.

El ambiente que allí se respiraba tenía tanto de mundano como de clerical; mezcla de incienso y de polvos de arroz, de piedad española y de coquetería parisiense, de eso que constituía el fondo del carácter de la graciosa emperatriz.

esposo la continuación de las decepciones y amarguras que precedieron al fin trágico de sus doradas ilusiones. Madre, ve rota su más legítima ambición, muerta su última esperanza.

Historiadores y libelistas han referido de diverso modo los episodios dramáticos y las intrigas en que se halla envuelta la vida de la emperatriz Eugenia. Al decir de algunos, el derrumbamiento del segundo Imperio tuvo por origen la rivalidad entre la esposa y la favorita de Napoleón III; la guerra de Prusia empezó por una guerra de mujeres...

No pretendemos dilucidar aquí el secreto del drama histórico que tuvo por desenlace la huida de la emperatriz a Hastings y el destierro del emperador a Wilhelms-höhe.

Queremos respetar, por otra parte, lo que afecta demasiado a la vida privada de la augusta señora, cuyos infortunios han superado a sus antiguos esplendores.

No faltó quien le presagiara en plena ilusión tan crueles desengaños.

Antes de subir al trono, la joven condesa de Teba visitó en Nohant a la famosa autora del *Marqués de Villemer*. La señorita de Montijo contaba ya entre sus adoradores al príncipe Luis Bonaparte. Éste, que fué siempre pertinaz y constante en sus empresas amorosas, se convertía en esclavo absoluto de las mujeres que le resistían. Tal se mostró, en grado superlativo, con la altiva española.

A *Jorge Sand* le sorprendía ver al heredero del nombre más glorioso y más popular de Francia convertido en galán obsequioso y servil de una extranjera, y aprovechó la ocasión para reprochar suavemente a la bella española sus desdenes con el príncipe.

— Mi obstinación en humillarlo, contestó Eugenia, no hará más que provocar sus deseos de casarse conmigo.

— ¿Le amáis, entonces, como coqueta?

— Le amo como ambiciosa. Yo no amaré sino al hombre que me dé un trono.

— ¡Cuidado! Hoy, todas las cabezas que se levantan, caen.

— ¿Qué importa, si hacen hablar de ellas? O el príncipe me hará emperatriz ó presidenta de la República, ó yo no me casaré con él.

— ¡Os exponéis á caer con vuestro esposo!

— ¿Qué importa, si caigo ante la historia?

¡Ay! ¡Cuán caros pagó sus sueños ambiciosos la que ya reinaba entonces en el corazón del futuro emperador de Francia!

Su destino le ha hecho expiar muy cruelmente sus cálculos; después de hacerle perder el trono, después de sumirla en las tristezas de la viudez, le arrebató al hijo que la hizo mujer al devolverle el amor más sagrado, el amor de madre.

La Providencia, al romper aquellos lazos amorosos, realizó la antigua ambición de la soberana; la hizo grande en la desolación, grande en la majestad del infortunio.

RUY BLAS

EL «SEÑORITO»

(CUENTO DEL DÍA DE REYES)

«Rica se llama, no pobre, la vida
Del que se contenta vivir sin riqueza.»
JUAN DE MENA.

I

Nunca como entonces que el infortunio abatía mi espíritu pude apreciar los exquisitos sentimientos que encerraba el corazón de Carmen, mi mujer. Pagadas las deudas y libre mi casa de banca de una quiebra vergonzosa, liquidé con un *superavit* de unos cuantos

cientos de reales. Carmen misma me indujo á que buscásemos en los suburbios una modestísima habitación: hicimos almoneda del lujoso mobiliario, y en una prendería se adquirieron los muebles indispensables para alhajar la celda que íbamos á ocupar en una gran colmena bautizada con el nombre de «casa de vecindad.»

Nos instalamos á título de obreros, y nuestros convecinos, en su mayoría albañiles y gente de oficio, de



FLORECILLA CAMPESTRE, escultura de Miguel Blay
(de fotografía remitida por D. Juan Bautista Camós, de Palamós)

buenas á primeras nos apearon el tratamiento; y los que en el gran mundo éramos los excelentísimos señores de Gómez, allí resultábamos el «señor Claudio» y la «señá Carmen» á Joaquín, nuestro hijo, que apenas contaba seis años, designábanle «Quinito» á secas.

Para el que ha dejado deslizar su vida entre fastuosidades y ha recibido siempre respetuosas muestras de consideración social, ha de resultarle muy duro verse de pronto miserable y siendo uno de tantos en el corazón de la *urbs* madrileña. Carmen soportaba valerosamente el amargo cambio sobrevenido en nuestra fortuna, y ella, la pulquérrima y aristocrática dama, supo envolver su cuerpo, acostumbrado á lujosos trajes, en uno modestísimo de percal, y con la sonrisa en los labios, encuadró su rostro en el clásico pañuelo de las mujeres del pueblo. No me ciega la pasión al juraros que jamás paseó por las empingorotadas y sucias callejas del suburbio mujer de mayor belleza ni de más señorial porte. De su peregrino rostro desprendíase algo que atajaba en boca de los obreros la chanza picante con que suelen obsequiar al paso á las de su igual; algo majestuoso brillaba en sus pupilas, tanto que nuestros convecinos, siempre que por su lado cruzaba, modificaban la dureza de su semblante, y haciéndola sitio, los hombres quitábanse en son de galantería las gorras, murmurando:

— Vaya usted con Dios, señá Carmen.

Al niño besuqueábanle las vecinas, y cuando algún rapaz se permitía con él alguna broma pesada, chicos y grandes todos le gritaban:

— Tú, grandullón, á ver si dejas en paz á Quinito. Y en los bolsillos de la buena gente siempre había para el chiquitín castañas pilongas, galletas, avellanas ó cualquiera otra chuchería.

Obsequios estos que le conquistaron al niño el mote del *Señorito*, con que le confirmaron los otros muchachuelos de la vecindad, reconociéndole sin duda como de muy superior condición y criado en otra esfera social en un todo divorciada de la de ellos, llena de miseria y abandono.

Aunque quería hacerme fuerte en la lucha contra la adversidad, muchas veces apoderábase de mí el desaliento, y Carmen, entonces, estrechándome entre sus brazos, me decía al oído como susurro profético:

— Valor, Claudio mío; ya saldremos de esta situación.

Y al hacerle yo consideraciones acerca del cambio sufrido replicaba:

— ¡Qué importa si has dejado tu nombre libre de toda sospecha! Ten confianza en Dios. Quien en Él espera, es feliz.

Si le atajaba frases de tan evangélica conformidad, pintándole con tintas sombrías el cuadro de nuestro porvenir incierto y la ingratitud de que podíamos acusar á centenares de personas que en la opulencia nos rodeaban, adulándonos y ofreciéndose nos amigos del alma, mi mujer, con su rosada y diminuta mano, tapaba mi boca y me decía con sin igual gracejo:

— Sr. Claudio, esa es la vida y ya tienes edad para haber aprendido aquello de «Tanto vales...» Así es la vida: todos se arriman siempre á los árboles más frondosos, y cuando alguno cae á tierra todos huyen del caído y no queda nadie... Es decir, te quedo yo: nos queda nuestro ángel... Trabajaremos contentos por él... Mira, tú que tienes mucho talento, puedes hallar alguna ocupación honrosa; y yo... antes bordaba por gusto y aun decían mis amigas que hacía obras maestras: ahora bordaré para ganar dinero... Seré bordadora de oficio... En casa, hombre, por supuesto... No; no me lo prohibirás... Es una tontería el que te opongas: preocupaciones. ¿Crees que voy á admitir esos distingos?... No: la mujer, cuando la familia anda mal, debe trabajar como el marido.

Yo callaba y sufría. Con el ansia del hambriento pretendía un destino, algo con que poder hacer frente al presupuesto de sagradas obligaciones...

Y eso que Carmen, mi ministro de Hacienda, era un ángel que realizaba portentosos milagros de economía.

Después de dar muchos pasos en balde, logré entrar como corrector de pruebas en una de las más afamadas tipografías de la corte.

Había desvanecido algo la nebulosidad que envolvía el porvenir de aquella bendita mujer y de aquel hermoso hijo de mi alma.

II

La Nochebuena se pasó alegremente. Pude apreciar que los pobres saben sacar de las fiestas mejor partido que los poderosos. Y es que aderezan sus holgorios con una salsa que no tiene ninguno de los platos más exquisitos: la de la alegría.

La casa nuestra parecía trasunto del infierno dantesco: desde que el sol bañaba melancólicamente las pardas paredes del patio, hasta que la portera cerraba el portal, oíase sonar de panderetas, tarrañas, rabeles, zambombas, guitarras y tambores, cánticos no muy honestos, villancicos, coplas y estribillos; las tarariras insoportables de las familias alegres de cascos; el vocear de «¡Besugos, casi de balde!» de los vendedores callejeros que se colaban hasta el patio; el cacarear de gallos y gallinas y el repiqueteo de los almireces. Algún que otro Fulano regresaba á su domicilio más flojas las piernas y más pesada la cabeza que cuando salió al arroyo; pero su alegría anticipada costábale



RECUERDO DEL DIA DE REYES, dibujo de A. Forestier

(Tomado de *The Illustrated London News*)

una gritería de la «parienta» que protestaba con suma indignación de la poca vergüenza de su «hombre», y éste á su vez gruñía cuatro malas razones, dichas con voz tartajosa. Ahí todo.

Si os dijese que en tal solemnidad no eché de menos las grandezas y regalo de las pasadas, pecaría de optimista, mayormente que el contraste no podía ser ni más brusco ni más pintoresco. Cubría nuestra mesa de pino un mantel limpiísimo: tres platos de loza ordinaria, en cuyas concavidades humeaban los trozos de pescado: una ensalada y un puñado de nueces constituían el *menú*, amén de una botella de lo tinto. El jaleo bullicioso y el ensordecedor sonar de los clásicos instrumentos que tocaban los vecinos alegres, nos recordaban que aquella noche era la Nochebuena.

Cenamos alegremente y con mejor gana que cuando se sentaban á nuestra mesa gran número de comensales, y la vajilla brillaba como ascua de oro al recibir los destellos de centenares de bujías, y múltiples criados escanciaban el Champaña, el vino que mejor miente alegrías.

Ya acostado Joaquín, Carmen me preguntó:

— ¿A que no sabes lo que me ha dicho el niño esta tarde cuando tú estabas en la imprenta?

— Tú dirás.

— Pues me ha preguntado: «Mamá, los Reyes me traerán algo, ¿verdad?..» Y yo, dándole muchos besos, muchísimos, le dije que sí... Y como viera que se me saltaron las lágrimas, me preguntó: «Mamá, ¿por qué lloras?..» De alegría, hijo, de alegría, repliqué. — Y es que pensaba, Claudio, en los fastuosos regalos que los Reyes hacían antes á nuestro hijo.

— Y este año también los tendrá, más modestos, eso sí. Si es preciso, nos lo quitaremos de la boca para agenciárselos y...

— No es preciso, interrumpió Carmen bañándosele el rostro de una sonrisa de satisfacción. Ya había yo contado con los señores Reyes.

Y levantándose de su asiento, se dirigió hacia la cómoda, abrió uno de sus cajones, sacó una cajita y destapándola me la enseñó diciendo:

— Todos mis ahorros..., ¡una fortuna!.. Mira: cuatro duros y unas pesetas.

Y con infantil regocijo volcó sobre el mantel aquella fortuna.

— ¡Bendita seas!, fué lo único que supe decirle.

III

Recorrí todos los bazares en busca de juguetes: había los primorosos y de gran lujo, pero costaban tan caros y era tan exigua la cantidad que llevaba en el bolsillo, que, con cierto sonrojo, apartaba la vista de ellos para fijarlos en otros de más modesta factura.

«¿Cómo cambian los tiempos!», pensaba viendo á mi lado que otros padres, seguidos de un criado, arrebatában para sus hijos las chucherías de mayor gusto, la última moda, porque los juguetes también siguen la moda.

También yo otros años en vísperas de Reyes abría mi cartera atiborrada de billetes y no reparaba en el coste, con tal de proporcionar una alegre sorpresa á mi hijo que soñaba despierto con aquellos magnánimos reyes de Oriente, tan queridos de la infancia, que bien puede considerarse desdichado el que no tuvo en la niñez una persona que hiciese buena la tan agradable conseja del milagro de hadas que en la noche del 5 de enero realizan todos los años en el mundo estos bíblicos personajes, depositando en el zapato, que como reclamo se coloca en balcones y ventanas, una dádiva que por lo regular conmueve al que la recibe.

¡Ay! Y mientras ajustaba unos juguetes que agotaron los únicos seis duros que llevaba en el bolsillo, sentí más que nunca el peso abrumador de mi pobreza.

Entré en casa llevando mis compras ocultas debajo de la capa, para que Joaquín no se enterase.

El tema de la charla del niño toda la noche fué la de la misteriosa visita de los ansiados Reyes. Joaquín tenía gran fe en ellos.

— Papá, ¿me traerán lo que los otros años?.. Los chicos de la calle me han dicho que muchas veces no les echan nada, á pesar de que ponen sus zapatos en el corredor. Di, mamá, ¿has puesto tú mis zapatos?..

— Sí, mi vida; ahí fuera, en la ventana los tienes.

— ¡A ver! ¡A ver!

Y arrastró su silla hasta aquel sitio, y después de encaramarse y comprobar el aserto de su madre, nos preguntó como si una duda ó un recuerdo asaltase de improviso su imaginación infantil:

— Papás, ¿no importará que sean viejos los zapatos?..

— No, rico; los Reyes no se fijan en eso.

Le desnudó Carmen, le acostó, y después de darle

un beso, que fué devuelto por el niño echándole los brazos al cuello, repitió la pregunta:

— Mamáita, ¿me traerán algo los Reyes?..

— Sí, cielo mío, sí.

Seguramente que mi hijo aquella noche vió en sueños las siluetas de Melchor, Gaspar y Baltasar.

Con la misma ansiedad con que un autor en noche de estreno espera para su obra el fallo del público, Carmen y yo esperábamos aquella mañana de Reyes el momento en que el *Señorito* fuese á ver lo que contenían sus zapatos.

Llegó ese momento. Quinto recogió con gran algazara los juguetes, y después de contemplarlos á su sabor, mirándonos tristemente á su madre y á mí, nos dijo como descorazonado:

— Papás, ¡qué pobres han venido los Reyes este año!..

ALEJANDRO LARRUBIERA

AMOR DE CRIOLLA

NARRACIÓN PARAGUAYA

Dos años antes de que estallase la célebre guerra de la Triple Alianza, una bellísima paraguaya, perteneciente á una de las familias más distinguidas de la Asunción, fué á Buenos Aires en compañía de su padre, rico hacendado, quien tenía relaciones comerciales con un porteño (1) no menos rico que él, estanciero y hombre de muchos negocios, cuya firma se cotizaba muy bien en la plaza.

Tenía un hijo bastante apto para el comercio y lo había puesto al frente de su escritorio.

Era todo un gallardo mozo, educado en París, activo, trabajador y de una inteligencia muy clara.

Y como la hija del hacendado y comerciante paraguayo era toda una belleza criolla y ya hemos dicho que el hijo del negociante porteño era un apuesto joven, se parecieron el uno á la otra muy bien y no tardaron en quererse y en decirse mutuamente.

Al poco tiempo de haberse visto eran novios, y los padres de ambos miraban bien aquellos amores, que fueron parte á que la hija del Paraguay influyera para que el autor de sus días permaneciera en la Argentina bastante tiempo más de lo que pensaba, pero llegó por fin el término de su permanencia en la ciudad de Alsina y de Belgrano.

Sus asuntos lo reclamaban en la Asunción, se hacía necesario el regreso á su país en plazo muy breve y hubo de marchar sin demora.

No hay para qué ponderar el disgusto que la separación les causara á los tiernos enamorados, que se adoraban con todo el fuego de sus corazones meridionales.

A él le parecía imposible la vida sin ella á su lado y á ella se le antojaba que iba á morir de angustia cuando no escuchase su acento y mirase sus ojos y sintiera de cerca estremecerse su pecho al repetirle todos los días el inmenso cariño que la tenía.

Pero fué muy preciso, tanto que por si no fuera bastante la causa que motivara el regreso, determinó la urgencia de éste una carta en la que de un modo bien terminante se le participaba al paraguayo que su ya enferma esposa se había empeorado hasta el punto de que inspirase serios cuidados.

Estalló la terrible guerra, la guerra cruenta de la Triple Alianza.

El poderoso imperio del Brasil, la Argentina y el Uruguay se coligaron y le declararon al Paraguay la guerra. Cierta que asolaba á este heroico país un tirano de los más grandes que ha habido en América: el insaciable presidente López, pero de todos modos perdió la vida como un valiente al frente del enemigo en reñido combate.

En América podrá haber habido tiranos, pero ha sido siempre difícil, por no decir en absoluto imposible, hallar un cobarde.

No hemos de juzgar ahora seguramente quién tuvo la culpa de la guerra de la Triple Alianza.

El hecho fué que la guerra fué un hecho, y que duró más tiempo del que pudiera creerse.

Ambos ejércitos se batieron con mucho denuedo: el aliado y el paraguayo. Todos eran americanos y tenían el alma muy bien templada.

Y no vaya á creerse que yo soy un adulator de los hijos de América. Les reconozco cuantos defectos tienen, porque los tienen: pero en medio de todos, poseen dos grandes virtudes; la de la generosidad y la del valor.

En los países de Europa no se encuentra, por lo

(1) Así se llama el hijo de Buenos Aires.

común, tanta gente como en los de América que le dé tan poco valor á cuanto poseen, y constituya un hábito en ellos el ofrecer y el dar cuanto tienen.

¿Qué mucho que sean pródigos, siéndolo en todo, en verter abundantemente su sangre cuantas veces sea necesario?

La guerra de la Triple Alianza es una de las páginas más interesantes de la historia del Sud América, desconocida casi por completo en España y por completo para una mayoría inmensa.

El Paraguay resistió heroicamente. La suya fué una defensa épica, un poema sublime que gime todavía en un suspiro el viento que mueve las hojas de algunos sauces que tocan las aguas de los ríos paraguayos.

El Paraguay estaba de luto; sus hombres perecían en la guerra, se acabaron las alegrías y las fiestas; ya no se bailaba la gomba, y una gran parte de aquellas ideales mujeres que parecían surgidas del cielo para venir á completar la belleza de aquella tierra privilegiada, se hallaban mutiladas por el plomo enemigo.

Porque en el Paraguay no hubo una heroína, que como en otros países se distinguiera por su amor entrañable á la patria, su ardor bélico y su entusiasmo. Heridos ó muertos los hombres hábiles, descartados los niños y los ancianos, se batieron con gran valor las mujeres más jóvenes en masas compactas, formando batallones disciplinados y aguerridos, disputando realmente palmo á palmo y con bríos varoniles la tierra donde habían visto por vez primera la luz del día al enemigo común, á tres ejércitos regulares con jefes idóneos y bravos á la cabeza.

¡Qué espectáculo tan desolador, tan triste, el que presentaban aquellos campos tan hermosos, devastados y llenos por todas partes de las señales de una guerra tan encarnizada y tan larga!

Un bello rostro á lo mejor, de seductora paraguaya, pero rígido, con la palidez de la muerte, salpicado de la abundante sangre que brotaba de una ancha herida en la cabeza, se distinguía entre otros á la luz de la luna, á la misma que tantas veces en su patio criollo luciría aquellos ojos ahora apagados, ante el hombre á quien había entregado su corazón, muerto seguramente antes que ella en otro combate por el mismo amor, por la misma causa, por el mismo ideal: por la patria.

Entre aquellas mujeres, doblemente admirables y hermosas, se hallaba la gentil paraguaya que de tal modo cuativó al joven argentino hacía tan poco tiempo en Buenos Aires, y terrible ley del destino!, enfrente de los suyos, atacándolos con saña espantosa, distinguiéndose por su pericia y su bizarría entre todos los jefes del numeroso ejército aliado, se hallaba el hombre á quien había levantado un altar en su pecho la hija de la Asunción, más interesante y más valerosa también.

Muertos en la lucha su padre y su hermano, sin madre, que había perdido hacía un año á su llegada de Buenos Aires, aquel ángel de la belleza y del combate peleaba con desesperación, con fiereza.

Había perdido su familia, y la guerra le ponía ante su corazón una muralla que le impedía enlazarse al hombre á quien amaba ella tanto. Ya lo hemos dicho: era el jefe más encarnizado y temible del ejército de la Triple Alianza, de todas las fuerzas que atacaban á su país.

Nadie ignoraba en él aquellos amores, y á pesar de la digna y sublime conducta de ella, empezaron los cabileos: no faltó quien asegurase que debía vigilarse á aquella mujer, y lanzadas la sospecha y la duda, muy prontamente tomaron cuerpo; que la mala semilla fructifica en seguida, á diferencia de la buena, que tanto tiempo tarda en dar el fruto.

Y ella, patriota como ninguna, sufría horriblemente con intenso dolor que le destrozaba el alma, de manera imposible. Continuar ante aquella acusación que primero en la sombra y luego ya de frente la abrumaba, era algo superior á sus fuerzas, y decidió poner término á tan calumniosas sospechas.

«Dudáis de mí — les dijo á los principales jefes de las fuerzas de su querida patria — porque no me conocéis lo bastante, y seguramente tampoco habéis podido medir el alcance del sentimiento patriótico de una mujer criolla, á pesar de haber visto las muestras que de él hemos dado todas.

»Yo estoy dispuesta á daros la mayor prueba de mi inocencia y del amor extraordinario que siento por esta tierra del Paraguay, donde he nacido. Yo os voy á entregar al hombre á quien quiero con toda mi alma. El terrible jefe argentino Juancito González será vuestro antes de veinticuatro horas. Os lo afirmo, os lo juro.»

Juancito González recibía una carta de la persona á quien más amaba en el mundo, y le daba una cita en lugar oculto por frondosos y corpulentos árboles

que cubrían el sendero. El sitio hallábase próximo al enemigo, pero Juancito no dudó. El deseo de ver y de hablar á su amada era superior á cuantos peligros hubieran de presentársele. Solo, sin más compañía que sus armas y su espíritu amante y esforzado, voló al lugar de la cita no bien hubo mediado la noche, pero allí no halló á nadie. Se bajó del caballo, sentóse á esperarla en una peña próxima á una larga fila de árboles y á poco rato se encontró sorprendido por un numeroso grupo enemigo, contra el que inútilmente se resistió. Poco tiempo después se oyó una descarga por aquellos alrededores, que recibió en el pecho y en la cabeza Juancito González.

El famoso jefe argentino, terror de los paraguayos, había dejado ya de existir.

En las primeras horas de la mañana que sucedieron á aquella noche, se trabó sangriento combate entre las fuerzas de la Triple Alianza, que atacaron á las paraguayas con extraordinario denuedo, dispuestas á vengar la muerte del mejor de sus jefes que acababa de ser fusilado después de habersele apresado en una emboscada dispuesta por una mujer.

Las tropas argentinas se disputaron el honor de ser las primeras en avanzar, arrollando en su empuje á los paraguayos, que se rehicieron á seguida peleando

con el valor de la desesperación y la embriaguez de la sangre.

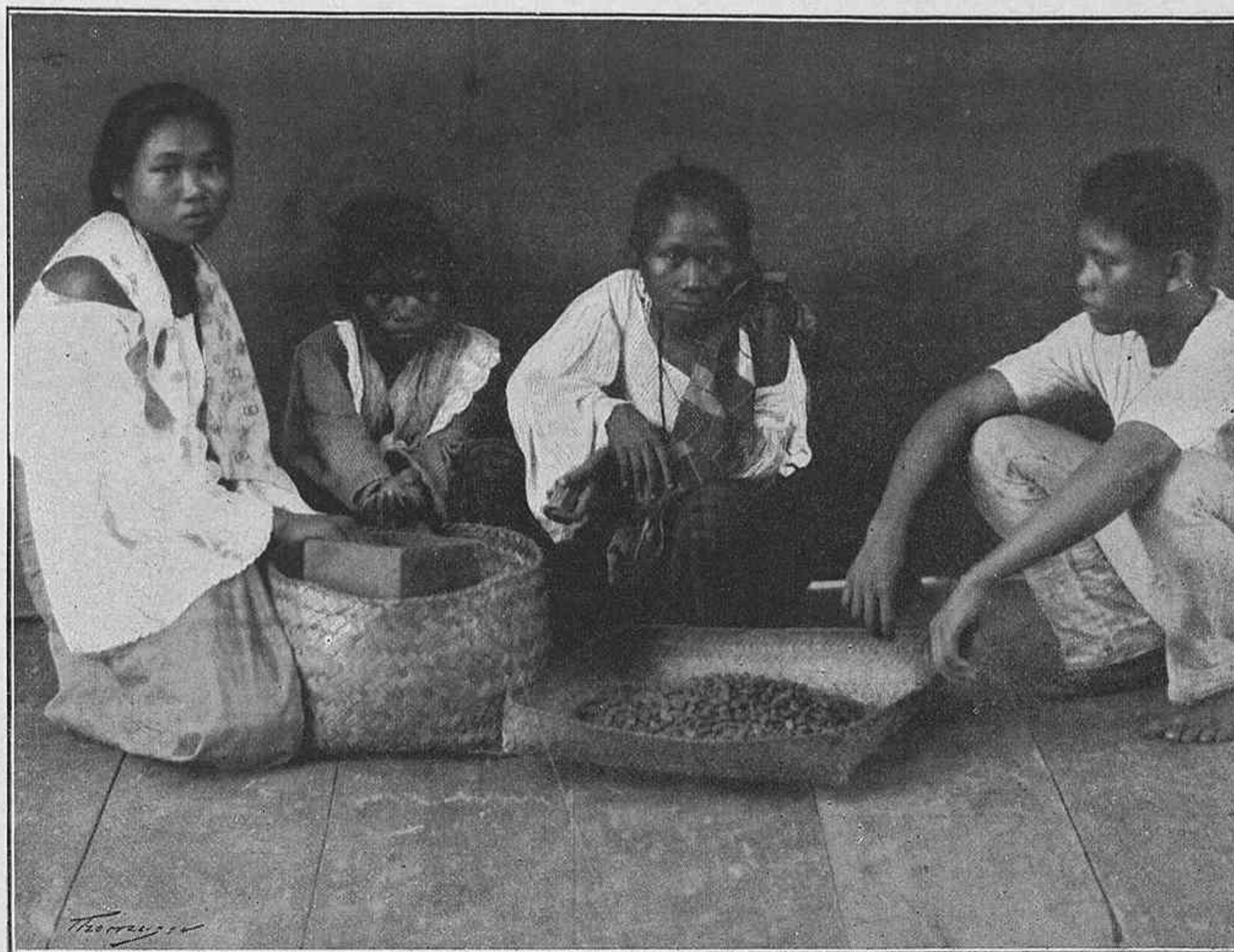
Las fuerzas de la Triple Alianza ante una acometida tan brusca hubieron de replegarse y preparar sus cañones para recibir con mayor resistencia á los paraguayos, á cuya cabeza iba arengándolos, fascinándo-

los de una manera extraordinaria, una mujer, tendido el cabello, inyectados los ojos en sangre, con una bandera del Paraguay en una mano y un revólver en otra, que disparaba continuamente, sembrando la muerte y el espanto á su alrededor y sin cuidarse del mortífero fuego de los cañones enemigos.

Hubo un momento en que la fuerza que la seguía se detuvo, casi deshecha por completo y viendo lo imposible que les era avanzar; pero aquella mujer siguió sola, sola y corriendo hacia el enemigo, hasta llegar á pocos pasos de ellos, cayendo atravesada por una lluvia de balazos, asida fuertemente á la enseña de su país.

Era la amada del jefe argentino Juancito González, la que no habiendo podido desposarse con él en vida lo buscaba en la muerte, para habitar en el mismo mundo y ver si allí, ante Dios, se unían sus almas en el cielo, como lo habían estado en la tierra.

P. SAÑUDO AUTRÁN



ISLAS FILIPINAS. - VENDEADORAS DE CACAO EN PASAY, MANILA (de fotografía de D. Félix Laureano)

NUESTROS GRABADOS

Florezilla campestre, escultura de Miguel Blay.

- Pocos artistas han sabido sentir é interpretar la poesía de los campos como nuestro paisano Sr. Blay: nacido y criado en nuestra alta montaña, en continuo contacto con la hermosa natura-



ISLAS FILIPINAS. - MOJIGANGA DE UNA CORRIDA DE TOROS EN ILO-ILO (de fotografía de D. Félix Laureano)



POR CUESTIÓN DE NOVIO, CUADRO DE E. DE BLAAS, GRABADO POR RICARDO BONG

leza de la zona pirenaica, ni sus estudios, ni sus viajes, ni su residencia en la capital de Francia han podido borrar de su alma las primeras impresiones de su niñez ni las puras inspiraciones que recibiera en su país natal. Y dondequiera que se encuentre, mientras modela el barro que entre sus manos ha de cobrar vida, tiene el pensamiento fijo en su patria, en el recuerdo de ésta se recrea, y sus dedos, guiados por tales sentimientos, imprimen en la obra que ejecuta todas esas delicadezas de que su corazón rebosa. *Florencia campestre* es una verdadera joya, de una belleza que ha de cautivar a los más profanos en materia de artes plásticas: su perfección se admira con sólo sentirla, y se siente solamente viéndola. El busto, que reproducimos de una fotografía que nos ha remitido D. Juan Bautista Camós, á quien damos las más expresivas gracias, fué ofrecido por su autor para un certamen celebrado hace algún tiempo en Olot, patria de Blay, y fué adjudicado al laureado poeta de Palamós D. Francisco de A. Marull.



NIÑO ROMANO,
escultura de Francisco Viciano

Niño romano, escultura de Francisco Viciano.

— Recientemente y en distintas ocasiones hemos reproducido en las páginas de esta revista varias obras del malogrado escultor valenciano D. Francisco Viciano, fallecido al poco tiempo de haber regresado á su patria, abatido por la terrible dolencia que contrajo en la Ciudad Eterna.

Hoy damos cabida á una copia de otro de sus interesantes estudios, en el que pueden apreciarse las envidiables cualidades que atesoraba el inspirado autor de la famosa estatua de Séneca, que avaloradas con el estudio hubieran convertido á Viciano en artista distinguidísimo, honra y orgullo del arte patrio.



MLLE. FERNANDA LOREY,
célebre amazona francesa

Fernanda Lorey.—La célebre amazona parisiense que actualmente hace las delicias del público berlinés es la mejor discípula de la famosa baronesa Camila de Valberg, con lo cual queda hecho su mayor elogio. De expresivo rostro y hermosa presencia, realza sus gracias naturales una elegancia que hace de ella el tipo de la verdadera amazona tantas veces dibujado por el gran artista francés Grevin. Los trajes que con predilección usa son el de montar propiamente dicho y el de bolera; por el retrato que en esta página publicamos puede verse cuán bien le sienta este último. Siente verdadera pasión por todos los deportes en general y por la equitación en particular, y conduce con

sin igual maestría los caballos *Otelo* y *Excelsior*, que fueron de su profesora y que adquirió de ésta por 18.000 francos, haciéndoles ejecutar las suertes más variadas y difíciles y teniéndoles siempre sumisos á sus menores indicaciones. Es, en suma, una estrella en el arte hípico que ha conquistado en todas partes ruidosos triunfos.

Recuerdo del día de Reyes, dibujo de A. Forestier.—¿Quién no ha sido actor primero, testigo después de ese espectáculo alegre que ofrece la gente menuda en la mañana del día de Reyes? ¿Quién no ha gozado del placer de contemplar las explosiones de júbilo á que se entregan los chiquillos al abrir los balcones y encontrarse llenos de juguetes y golosinas los costos colocados á prevención la noche antes para que en ellos depositaran los monarcas de Oriente sus regios dones? Pues todos los que tal goce han sentido, todos los que de aquella alegría han disfrutado apreciarán sin el menor esfuerzo la verdad con que el dibujante inglés A. Forestier ha interpretado en el dibujo que reproducimos en la página 37 la escena que todos hemos presenciado.

Islas Filipinas.—Continuando la serie de vistas que venimos publicando para dar completa idea de los tipos, costumbres y lugares del archipiélago filipino, reproducimos de fotografías de D. Félix Laureano las dos que van en la página 39, y que representan un grupo de vendedoras de cacao y una mojiganga de una corrida de toros en Ilo-Ilo. Lo que en números anteriores hemos dicho acerca de las mujeres filipinas y de la afición á los toros que existe en algunos puntos de aquellas islas, especialmente en Ilo-Ilo, en donde se ha levantado un circo taurino, hacen inútiles las descripciones especiales que pudiéramos hacer de estos dos grabados.

Por cuestión de novio, cuadro de E. de Blaas.

— Esta pintura del célebre artista italiano, de cuyas obras tantas veces nos hemos ocupado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es de un realismo de buena ley por todo extremo admirable. Analícense una por una las figuras que en él entran, y en todas ellas se verá la naturalidad más asombrosa; la que con el brazo en jarra llena de improperios á su rival, la que mientras retuerce el mojado lienzo hace coro á su compañera, la que cruzada de brazos desafía á la que la amenaza y con su actitud y su sonrisa provocativa parece decirle «¡á que no te atreves!», y las que con más curiosidad que interés presencian la disputa, están arrancadas de la realidad, y á pesar de la crudeza del asunto, á pesar de ser un lienzo verdaderamente zolanesco, nada hay en ninguna de aquéllas ni en todo el cuadro que no pueda satisfacer á los menos amantes de la pintura realista, nada que pueda ofender á los más fervientes adoradores del idealismo.

Luis Felipe, duque de Braganza.—El príncipe heredero de Portugal, cuyo retrato publicamos en esta página, nació en Lisboa en 21 de marzo de 1887. Como primogénito de Carlos I está llamado á ceñir la corona de la noble nación portuguesa. Además del título de duque de Braganza ostenta el de duque de Sajonia y es caballero de la orden española del Toisón de Oro.

MISCELANEA

BARCELONA. — Salón Parés.—Agradable impresión produce la exposición femenina de obras de arte organizada en el Salón Parés, tal es su número y las cualidades que la mayoría de ellas revelan en sus autoras. Acertada y plausible ha sido tal manifestación, puesto que al servir de estímulo para aquellas que se dedican al cultivo del arte, nos coloca en condiciones de apreciar los méritos que concurren en algunas expositoras, muy dignos de tenerse en cuenta si recordamos las dificultades con que ha de luchar la mujer para dedicarse á determinados estudios. No ha de estimarse como una novedad la manifestación femenina, pues por fortuna ha contado siempre nuestra ciudad con discretísimas é inteligentes pintoras. Desde el año de 1803, en que se celebró en la Casa Lonja una exposición de Bellas Artes, han figurado en todos los certámenes obras debidas á distinguidas señoritas. Los nombres de Montserrat Fivaller, Josefa Paternó, Anita Arxer y Eulalia Cabanes significan el de otras tantas artistas de mérito, ilustres precursoras de la pléyade que constituye un núcleo importante en nuestra ciudad, á cuya ilustración se deberán en lo porvenir provechosos resultados, traducidos en la mayor cultura y en la depuración del buen gusto.

Difícil es estudiar todas y cada una de las producciones expuestas, tal es la variedad de géneros y su armónica relación. Sin embargo, destácanse en primer término las medias figuras de doña Visitación Ubach, pintadas con singular delicadeza y con aliento de verdadera artista, así como las primorosas reproducciones del famoso frontal de San Jorge, y las franjas de ornamentos sacerdotales, obra de doña Juana Soler, y las que á su vez exhibe la profesora Sra. Coranty de Guasch, premiada ya en varias exposiciones y cuyas especiales aptitudes halláanse de manifiesto en sus proyectos de tapices y blóndas. Las flores tienen cumplida representación en los lienzos de la notable pintora doña Antonia Ferreras, Egozcue, Vacarissas, Mirabent, Lomelino, Domenech y Gallifa, siendo muy recomendables las bellísimas acuarelas de la Srta. Texidor, el jarrito de la Srta. Garnelo, las cabezas de estudio de las Srtas. Martí y de la Srta. Castany, los paisajes de doña Pilar España y de doña Anita Riviere, las flores pintadas sobre papel de la Srta. María Luisa Güell, revistiendo no menor interés las flores pintadas á la acuarela ó embelleciendo artísticos platos por las Srtas. Riva, Cases, Compte, Nohr, Garí, Valls, Pinto, Marchano, Caze, Monjo, Escarrá, Mehren, Nadal, Borrell, Bocquet y Arimany. La pintura de bodegones hallase representada por los cuadros de doña Teresa Costa, Virginia Angulo, Pilar Serra y Pilar Noguera. Interés ofrecen también las producciones de las Srtas. Tomás y Salvany, Gosch, Enrich, Ferrer, Palacios, Arnal, Bultó, Capdevila, Fors, Geli, Auger, Pujal, Boada, Pilar Seva, Julia Puiggarí, Botey, Domenech, Cruixent, Satrustegui, y los retratos obra de las Srtas. Juliá, Sicars, Camps, Vinardell, Cusachs, Ulsamer y de la Sra. marquesa de Santa Isabel.

Brillante resulta el aspecto de la exposición, mereciendo aplauso su organizador, extensivo á las artistas que han logrado formarla aportando producciones que tanto honran á nuestra ciudad, ya que ponen de manifiesto la ilustración, la cultura y las aptitudes de las damas y señoritas que constituyen su más preciado encanto.



LUIS FELIPE,
duque de Braganza, príncipe heredero de Portugal

Teatros.—Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *La fiera*, drama en tres actos del Sr. Pérez Galdós, muy bien escrito y de argumento interesante, más propio de la novela del género de *Episodios Nacionales* que del teatro, y *Los gansos del Capitolio*, comedia en tres actos, arreglo de la obra alemana *El rapto de las sabinas*, muy bien hecho por los señores Mario (hijo) y Santoval; en Novedades *Los degenerados*, interesante drama en tres actos de D. Tomás Maestre, escrito en hermosos versos y abundante en bellísimos pensamientos; en Lara *El Sr. Tromboni*, arreglo también de *El rapto de las sabinas*, en dos actos, de D. Pedro Fernández, nombre que se cree es seudónimo tras el cual se oculta un conocido autor dramático; en la Zarzuela *Los bandidos*, chistosa pieza cómica-lírica en un acto de los Sres. Lucio y Arniches, con muy bonita música del maestro Torregrossa; en Apolo *La banda de cornetas*, graciosa zarzuela en un acto del Sr. Arniches, con música del Sr. Torregrossa, y en Eslava *Sombras chinasas*, revista de los Sres. Paso y García, con música de los Sres. Valverde (hijo) y Torregrossa.

Necrología.—Han fallecido:

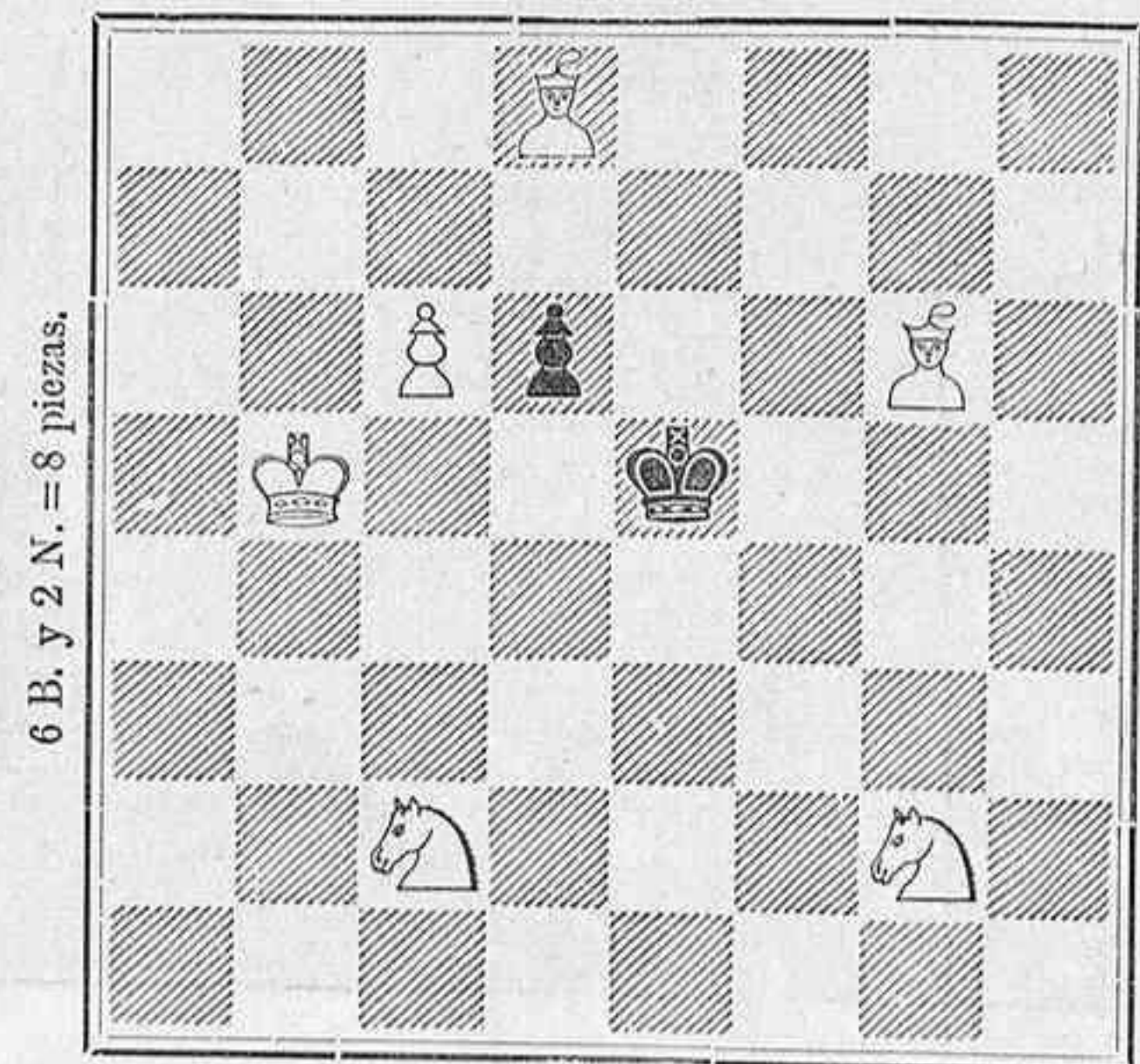
D. Juan Serriá, teniente general del ejército español, capitán general de Aragón.

D. Venancio González, uno de los prohombres del partido liberal español, ministro varias veces de Gobernación y de Hacienda.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 52, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 51, POR J. PALUZIE

Blancas.

1. T6D
2. P8A (C) ó D6C mate.

Negras.

1. Cualquiera.



Alain, al decir esto, señalaba al mar

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAÉL. — ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

PARTE PRIMERA

COMO LA NATURALEZA

— Padre Alain, ¿qué hay de nuevo?

Esta frase lanzada al viento fué inmediatamente seguida de una carcajada; carcajada de muchacha, fresca y sonora, que halló eco en la vecina arboleda.

Una voz de hombre, de anciano, respondió:

— ¡Oh! ¡Mucho tenemos hoy de nuevo, señorita Lena! ¡Y usted misma puede verlo igual que yo!..

El padre Alain, al decir esto, señalaba al mar.

Un viejo alto y encorvado por la edad, un antiguo marinero que había visto pasar sus años al impulso de las ráfagas saladas, pero que conservaba aún todos sus cabellos y todos sus dientes, tal era el padre Alain. Tenía ya setenta inviernos, y si su cuerpo se inclinaba no era sólo bajo el peso de la edad. Era más bien la lucha de los remos ó de la caña del timón contra la oleada lo que había doblado hacia adelante aquel dorso hercúleo. Sus manos callosas y flacas, cuya piel era tan dura como el cuero, habían hecho en otro tiempo rodar las bombas llenas de metralla, manejado el hacha de abordaje y encendido las teas de las guerras del comienzo del siglo. Grumete en Navarino, Alain Le Gadek fué artillero de marina en Tánger y en San Juan de Ulloa y cabo de cañón en el Báltico. Había bombardeado á Bomarsund, siendo aquél su último hecho de armas. Retiróse luego á la costa, ostentando en su pecho la medalla militar y consagrándose largos años á los sublimes esfuerzos que exigen los salvamentos marítimos.

Pero ya no iba al mar más que por su recreo; el resto de su tiempo lo pasaba en los bosques de la

costa, en los alrededores de Saint-Gildas. Filósofo, algo misántropo, Alain no había nunca conocido las alegrías ni los cuidados de la familia. A veces esta misma soledad era lo que le hacía inclinar hacia el suelo su cabeza. Pero la levantaba rápidamente; pues los recuerdos tristes, superfluos en toda edad, se hacen importunos á los setenta años. No se puede ser abuelo sin haber sido padre, ni padre sin haber sido marido, y era bien cierto que Alain no había seguido el camino necesario para esto.

Su compañera en aquel instante era una jovencita de unos diez y seis años, ni siquiera los tenía, Magdalena Hevin de Kéroulaz huérfana del conde Hervé Hevin de Kéroulaz y de su esposa la condesa de Arzel; se llamaba *Maddalen* en lengua céltica, nombre que las gentes del país reducían familiarmente á las dos graciosas sílabas de *Lena*, dulces como las brisas del golfo en los días de invierno.

Era el mes de febrero. La verde inmensidad mostraba en reposo su superficie. Las brumas que suelen velarla desgarrábanse dejando ver el pálido azul de los firmamentos de Armor. A lo lejos, hasta perderse de vista, la orilla terrestre prolongaba su franja de arena dorada, ceñida de rosales silvestres, detrás de los cuales comenzaban las ondulaciones del paisaje con sus riachuelos y sus valles, sus grupos de nudosas encinas bajas y ventradas, sus mimbreras semejantes á cabbelleras en desorden, sus bosquecillos aisla-



dos, llenos de aleteos y de agudos gritos de grajos, cuervos y maricas.

Por el lado opuesto de la pequeña península mostraba sus villas Saint-Gildas, pobre y mezquina estación balnearia donde, felizmente para las salvajes bellezas de Bretaña, sólo a los viajeros de alguna imaginación puede ocurrírseles ir. Detrás seguía extendiéndose la campiña bretona, esa especie de estepa heroica donde no hay un eco que no haya repetido hechos maravillosos y nombres históricos, desde los *men-hir* de la época druidica hasta las ruinas sombrías de Sucinio y de la abadía que ha conservado el recuerdo de Abelardo.

En este cuadro grandioso Lena aparecía como una hada, con toda la gracia de su juventud y todas las seducciones de una hermosura inconsciente que prometía la más radiante expansión.

Alta y esbelta, aún no del todo formada, tenía, sin embargo, la perfección del rostro más adorable, y al mismo tiempo malicioso y cándido, que un artista o un poeta hubiera podido soñar. Sus ojos, de un negro aterciopelado, profundo como las tinieblas de las grutas del Aber Vraeh, hacían resaltar la blancura de su cutis. Era éste de un blanco mate, un cutis de judía ó de andaluza, sobre el cual los cabellos de color castaño claro esparcían una sombra semejante á esa sombra del follaje que tamiza en pleno estío los rayos del sol.

Pero en la picaresca expresión de sus pupilas leía-se la fresca y perfumada ignorancia de los primeros años. Lena, ciertamente, sabía que era bella. ¿Hay mujer que no conozca su belleza? Mas no sabía aún exactamente para qué puede servirle á una mujer su hermosura. Si Lena era coqueta lo era por instinto, y la alegría, la animación y la vivacidad propias de sus años sobreponíanse en ella á las seducciones conscientes y estudiadas de su sexo.

Magdalena de Kéroulax era huérfana de padre y madre. Había perdido á su madre hacía diez años; su padre el conde Hervé acababa de morir apenas hacía diez meses, á consecuencia de una herida recibida en Champigny, donde se había batido como capitán á la cabeza de los movilizados del Morbihán.

La educación de Lena era muy incompleta.

Sólo había sido cuidada por una vieja institutriz inglesa, Gwendolina Hotspur, á quien la niña en su afectuosa familiaridad llamaba simplemente *Gwen*. El apellido y el nombre de la digna inglesa eran ambos heroicos, pero no lo era su persona. Nunca una hija de la rubia Albiñ había realizado más escrupulosamente el tipo de sequedad angulosa que transforma en caricaturas tantas fisonomías británicas.

Miss Gwen era católica, y buena católica, hasta rigorista, de un rigorismo exagerado que hubiera dejado atrás al de la más severa puritana.

Hallábase dotada de buenos sentimientos, á veces obscurecidos por una excesiva rigidez. Abrochada siempre hasta la barbilla, cubierta la cabeza de una cofia que hubiera causado envidia á la más caracterizada fundadora del «ejército salutista», no cesaba un momento de reprender á Lena por su descuido en el vestir, pues ésta corría por los matorrales con el cuello al aire, los cabellos sueltos y las mangas recogidas hasta el codo. Así es que había un continuo conflicto entre la joven y su institutriz. Espontánea en sus afectos y en sus cóleras, Lena incomodábase algunas veces hasta el extremo de responder á su institutriz: «¡Vamos, Gwen, acabemos! No nos entenderemos nunca; lo que está usted diciendo no tiene sentido común.»

La buena Gwen no se enfadaba al oír una de esas salidas. Estaba acostumbrada ya desde hacía mucho tiempo á ver á su Lenita volver á ella con los labios sonrosados llenos de besos. Tenía que perdonar aquellas arriesgadas escapatorias á que se entregaba su discípula en pleno bosque, ó por la costa, donde la mayor distracción de Magdalena consistía en conversar con su viejo amigo el padre Alain Le Gadek.

El día en que vemos por primera vez á la señorita de Kéroulax hallábase ésta en flagrante infracción de las prescripciones pedagógicas. Había dejado desde las siete de la mañana á miss Hotspur, abandonando las sombrías murallas del castillo de Ely para correr por los campos. ¿No sabía, por ventura, la joven desde hacía varios días, gracias á las noticias de Alain, que iba á ver algo nuevo en el golfo del Morbihán?

Acababa precisamente de encontrar al antiguo artillero de marina absorto en la contemplación del mar con sus ojos desmesuradamente abiertos.

El espectáculo que atraía la mirada de Alain era, en efecto, digno de verse.

Todo el golfo del Morbihán iba saliendo poco á poco de entre las brumas. Sus pequeñas é innumerables penínsulas se destacaban semejantes á los dedos de una mano gigantesca que la tierra hubiese extendido sobre el mar.

El agua entre ellas jugaba clara y límpida y en sus lánguidos movimientos parecía cubrir de temblorosas caricias la arena dorada de aquellas penínsulas sonrientes.

A la izquierda, hacia el Mediodía, abríase la entrada de la Crique, en forma de estuario, por la cual la marea penetra en el continente llegando hasta sus cimientos.

No era por gozar una vez más de aquel golpe de vista admirable, que podía contemplar á todas horas, por lo que Lena se fué del castillo aquella mañana.

La novedad anunciada, prometida por Alain, ofrecíase á sus ojos.

En el mar, á una distancia de dos millas, á la entrada misma del golfo, llamaron la atención de Lena y de su viejo compañero un raro silbido, unos pelotones de humo blanco que, después de elevarse compactos y espesos, volaban disipándose en el espacio, y un resoplido afanoso, acompañado de un ruido roncoco de máquinas, cuyas entrañas de hierro se movían.

Por la superficie plácida, apenas ondulante, avanzaban unas manchas largas y negras que iban poco á poco, aunque visiblemente, aproximándose á la costa.

— ¡Oh, ya comprendo!, exclamó Elena batiendo las palmas. ¡Son los torpederos de qué hablaba ayer mi primo Pedro! ¡Qué ganas tengo de verlos!

Y uniendo la acción á la palabra se dejó deslizar por su propio peso, con los pies hacia delante, por el declive de la duna, y vióse en un abrir y cerrar de ojos al borde mismo de la rada.

El viejo Alain la siguió, pero con menos viveza.

Cuando Lena se encontró cerca de él, rozando el agua con las puntas de sus botas, colgóse de uno de los hombros del anciano como un niño mimado que acariciase á su abuelo.

— ¡Qué barcos tan raros! ¿Verdad, padre Alain?.. ¿Cómo son por dentro?

El viejo meneó su cabeza.

— Eso, señorita Lena, no hay que preguntármelo á mí, pues en mi tiempo no había semejantes caceras. Yo soy de antes del vapor. He navegado, es cierto, en navíos de tres puentes que lo usaban; pero si he de decir la verdad, nunca he comprendido lo que son esos asadores. En mi tiempo se largaban, se rizaban y se cargaban velas, y había que esperar un viento favorable para poder marchar. Hoy para ser marino hay que ser casi un pez. Nosotros bogábamos sobre el agua; los de ahora van dentro de ella, y es probable que los de mañana naveguen por debajo del mar.

Lena lanzó un profundo suspiro, y dijo retorciendo sus dedos, contrariada:

— ¡Oh! ¡Qué fastidio que no sepa usted nada de eso! ¿A quién quiere usted que yo se lo pregunte? ¡No he de ir á preguntárselo á Gwen!

— No la aconsejaré á usted sobre eso. Es para mí cuestión... delicada, tanto más, cuanto que la señorita Hotspur (Le Gadek pronunciaba *Osbour*) no me mira de buena manera. Sin embargo, en su caso de usted, á fe de Gadek, iría á que me lo explicase quien yo supiera que podía hacerlo mejor; eso es lo que yo digo.

Lena, dándole unos golpecitos en el hombro por sus excesivas reticencias, exclamó:

— ¿Qué quiere usted decir, padre Alain? ¿Habla usted todavía peor el francés que esa pobre Gwen, que lleva ya quince años en Francia?

El viejo artillero de marina se echó á reír á rienda suelta.

— Quiero decir, señorita Lena, que cuando se tiene como usted dos primos, uno capitán de fragata y el otro teniente de navío, se debe ir á preguntarles á ellos esas cosas, en lugar de preguntárselas á un viejo tiburón arrojado á la costa, como soy yo, al fin y al cabo.

El consejo no le satisfizo á Magdalena.

— ¿Cree usted que lo que me aconseja es fácil? Mi tutor cuando le hablo ni siquiera me escucha, y Pablo nunca está aquí.

Al salir de sus labios este nombre, el hermoso rostro de Lena tomó una expresión más sentida, y la joven, desenojándose y con una sonrisa, preguntó al anciano, apoyando la frente sobre su hombro:

— A propósito, padre Alain, ¿verdad que es guapo mi primo Pablo?

Le Gadek asintió á ello sin la menor dificultad.

— Seguramente, no se puede decir lo contrario. Pero yo..., ¡qué quiere usted, señorita Lena!, á mí me parece mejor el otro.

Lena se apresuró á decir en tono de protesta:

— ¿Quién? ¿Mi tutor? ¡Vaya un gusto! ¿Acaso porque es más fuerte, porque tiene los hombros anchos como una verga, es por lo que le encuentra usted más guapo? Quiero mucho á mi primo Pedro, mas prefiero á mi primo Pablo.

Y Lena abandonábase á la expansión de sus sentimientos juveniles.

— Es alto, delgado; sus manos y sus pies son pequeños. ¡Y si supiera usted, padre Alain!, canta, tiene una voz clara y profunda que suena como el órgano de la iglesia... ¡Y canta cosas tan bonitas!, *aires* de ópera. Sí, se lo aseguro á usted, quiero mucho á mi primo Pablo..., pero va á marcharse...

— ¡Oh!, murmuró Le Gadek con una expresión grave. ¿Se va á embarcar?

— Sí, se embarca..., creo que por dos años...

El viejo marino volvió la cabeza al oírlo.

Después dijo lentamente, reprimiendo un suspiro:

— ¡Qué quiere usted, señorita! Es la ley; todos á ella tienen que someterse. No es uno marino para estar calentándose los pies al fuego de la chimenea... También su hermano D. Pedro, su tutor de usted, tuvo que pasar en el mar el tiempo reglamentario. Ahora le toca estar en la costa, lo que no le impide ir haciendo su carrera... Lo han colocado en... ¿Cómo se llama eso?..

— En la defensa móvil.

— Sí, así se llama; la defensa móvil. Son palabras con las cuales no estoy familiarizado. En mi tiempo no se decía así... Pero es lástima que los separen á los dos hermanos. ¡Estaban tan bien juntos! El mayor era el jefe del menor... ¡Apostaría á que entre esos tres barcos está el de D. Pablo!..

Y se volvió hacia el mar.

Lena cogió una piedra delgada, un despojo de una roca olvidado por las olas al pie de la duna, redondeado y pulimentado por los besos de los siglos; designó uno de los barcos negros que se movían como monstruosos cetáceos á unos doce cables de la orilla y gritó:

— ¡Justo! ¡Aquél es su barco! ¡El número 18! ¡Allí está! El último, á la cola... Siga usted con la vista esta piedra...

Y con la destreza de quien no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, lanzó la piedra redonda y aplastada en dirección al torpedero. La piedra silbó hendiendo el aire, tocó la cresta de una ola, á unos veinte metros de la playa, y dando un rebote que la hizo recorrer un trayecto de casi la mitad del que había andado, describió una tercera parábola de cinco ó seis metros, y por fin, después de varios saltos fué á hundirse en el verde golfo, á unos sesenta pasos de la costa.

— ¡Diablo, señorita!, exclamó Le Gadek riendo. ¡No se le escaparía á usted un mallón en el aire!

Lena se rió también.

— Tengo que distraerme en algo. ¡Como que es divertido pasar la vida en compañía de Gwen! ¡Oh, qué suerte tienen los hombres!, pueden hacer todo lo que quieren...

Oyóse de pronto un sonido vibrante y claro que se elevaba tras de los dos interlocutores. Magdalena contó las nueve.

— ¡Oh, las nueve!, dijo. Dan en el campanario de Sarzeau. El viento vuelve á inclinarse al Este; el buen tiempo va á continuar.

De nuevo se dispó su alegría.

— ¡Oh, ya es hora de almorzar en el castillo! ¡Mi primo Pedro sí que va á incomodarse!.. Hay veinte minutos de camino de aquí á Ely. ¡Puedo llegar si corro!

Y cubriendo su cabeza con la capucha de lana blanca que solía servirle para sus escapatorias, echó á correr por el camino que conduce á Ely.

Pero apenas había andado cien pasos cuando se detuvo.

Un silbido que salió de los torpederos la hizo mirar hacia atrás.

Era justamente el de su primo Pablo el que había dado aquel silbido avanzando derecho y á todo vapor hacia tierra.

Lena, cautivada por tal espectáculo, esperó para ver mejor la evolución.

Toda la flotilla de los tres barcos obedeció á la señal, que era una orden.

Semejantes á delfines que van respirando sobre el agua, marchaban formados en línea hacia la costa.

Al verlos, lanzados en su veloz carrera, hubiérase jurado que no había freno bastante poderoso para contener á tiempo su impulso é impedir á los torpederos que fueran á encallar ó á destrozarse sobre la playa de arena.

Iban saltando sobre el mar con avances formidables y bruscos, por medio de golpes de hélice que parecían coletazos de peces enormes, rompiendo la superficie del agua con su hocico prolongado, cuyos tubos lanzatorpedos simulaban bastante bien grandes ojos redondos, y cortándola con su afilada proa vertical, á cuyos lados el agua reflujaba en breves oleadas que lamían de proa á popa la férrea curva del casco.

Pero el 18 se había puesto á la cabeza, avanzando con rapidez prodigiosa.

Un penacho de humo adornaba incesantemente su

chimenea; parecía que el barco destructor se gozaba en lanzar pelotones de humo á los aires.

En el profundo silencio de la bahía oíase sólo el ruido de aquellas respiraciones anhelosas. Los pulmones de hierro exhalaban roncospirios y temblaba la arboladura, agitada por la trepidación del vapor.

Eran verdaderos monstruos aquellos torpederos, pero monstruos que el genio del hombre había hecho aún más crueles que los nacidos en el seno de la naturaleza.

Lena, que se había olvidado de todo, contemplábalos con estupor y admiración.

No porque encontrase en ellos la joven bellezas comparables á la del magnífico paisaje que los rodeaba, sino porque, entusiasta de la grandeza y de la fuerza, sentía acaso en su alma de bretona algo del alma universal de esos seres de hierro, inertes por sí mismos, vivos por la voluntad del hombre.

La hora del almuerzo pasaba mientras Lena abandonábase de aquel modo á la contemplación.

De pronto el 18 retrocedió y echó el ancla.

Sus dos compañeros desaparecieron tras de un cabo cubierto de árboles.

Magdalena, saliendo de su contemplación, pensó en el tiempo perdido, en su primo Pedro que iba á reñirla, en miss Gwendolina Hots-pur y en los lamentos á que ésta iba á entregarse.

Sintió algo así como un remordimiento y apretó el paso.

Mas estaba escrito que llegaría tarde.

Al doblar la extremidad de un bosquillo que surgía de una especie de valle muy estrecho, una voz robusta y vibrante le gritó:

— ¡Oh, oh! ¿Qué es eso, ondina? ¿Así es como estudias?

Lena, estremeciéndose, se paró temerosa. Trató de ver quién le hablaba.

Un hombre salió de la espesura y se acercó á ella, tendiéndole sus manos con una sonrisa.

— ¡Oh! ¡Es mi primo!, exclamó Lena. ¡Qué miedo he sentido!

Su voz tuvo una inflexión tan dulce y tan suave en la emisión de aquel tierno reproche, que el recién llegado, atrayéndola hacia sí conmovido, la besó en la frente.

— ¿Te he asustado, primita mía? ¿Es posible eso? — Sí, hay veces..., murmuró Lena ruborosa, bajando los ojos.

Pablo de Guenezán, pues él era, dijo entonces: — ¿De modo que soy solo yo quien goza de ese privilegio?... Mejor quisiera dejárselo á tu tutor.

— También mi tutor me asusta algunas veces... Pero no me hace el mismo efecto.

Si Pablo de Guenezán no hubiera sido en esta materia un aturdido, como su hermano Pedro le llamaba, hubiese prestado alguna atención á las palabras de su prima y sobre todo á la manera con que ésta las había pronunciado.

Pero tenía veintiséis años; había sido nombrado comandante del torpedero 18 un año después de obtener el grado, y loco de alegría con su rápido ascenso, más joven aún por su carácter que por su edad, no se cuidaba de las cosas del corazón, ni comprendía aún sus misterios.

Su conversación con Magdalena volvió á caer en esas trivialidades que pueden igualmente hablar a una joven de diez y seis años inconsciente de sus sentimientos y un hombre de diez años más y que sólo ve en ella una niña muy crecida.

Verdad es que desde que ésta vivía con su tutor el comandante Pedro de Guenezán era cuando la habían vestido de largo.

Pablo, que la había visto por primera vez hacía siete u ocho años, no daba grande importancia á la charla infantil de Lena, intercalada de reflexiones profundas.

— En fin, exclamó, siguiendo en su tono alegre, te vuelvo á encontrar vagueando. ¿Qué va á decir la pobre miss Gwendolina?

Magdalena se encogió de hombros.

— Que diga Gwen lo que quiera. Me tiene sin cuidado.

Al oír esto, la hilaridad de Pablo subió de punto.

— ¡Gwen! ¿Así sencillamente? ¿Y el debido respeto, Lena?

— ¿El respeto? No es faltarle al respeto el no llamarla miss. Además es una inglesa. ¿Qué perjuicio le hago?

Seguramente no era esta una razón muy poderosa. A Pablo le interesó ya la conversación.

— Veo que eres una muchacha impertérrita. Pero, dime, ¿por qué no me llamas á mí Pablo á secas?



Lena, cautivada por tal espectáculo, esperó para ver mejor la evolución

Lena se puso colorada y se bajó á coger del suelo una flor.

Su voz se ahogó un poco al contestar:

— Porque... encuentro más cómodo el decir «primo mío».

— Bien; pero entonces, prosiguió Pablo, creyendo ponerla en un apuro, ¿por qué no llamas también «primo mío» á Pedro?

Lena comprendió que Pablo estaba de broma.

Como ya era una mujer, tuvo la repentina intuición de superioridad en este juego y le miró resuelta, sin que la malicia de su sonrisa atenuase la dulzura de su mirada.

— Porque, primo mío, encuentro más cómodo el decir «mi tutor».

— ¡Ah!, continuó Pablo. ¿Y si fuera yo tu tutor?

La verdad es que Lena no había nunca pensado en esto, y la hipótesis le pareció á primera vista tan absurda, tan extravagante, que se echó á reír á carcajadas.

— ¡Oh! ¿Usted mi tutor?

Pronunció el «usted» en un tono tan particular, estaba aquel «usted» tan cercano del *tú*, que ningún psicólogo hubiese podido distinguir los delicados matices del sentimiento que envolvía.

Mas brotó de él no sé qué secreta y sutil influencia, que fué de pronto á despertar el corazón y el espíritu de Pablo de Guenezán.

Tan inocente éste como la joven con quien conversaba puramente sobre las cosas más serias, sintió una especie de estremecimiento para él desconocido, estremecimiento delicioso que penetró en sus fibras más recónditas.

Hasta hubo un instante en que aquello le alarmó, abriendo á la luz sus ojos. Tuvo miedo de aquel candor pálido, de aquella embriagadora frescura primaveral, de aquella seducción que lo atraía y lo cautivaba.

Comprendió de pronto que en aquella hermosa jo-

ven llena de promesas había una mujer, de la cual, ¡oh ignorante!, ni había sospechado la existencia.

¡Ignorante!, sí. Este era el epíteto que merecía. ¿Qué sabía de la vida, de sus sorpresas y de sus misterios, aquel gran niño, bueno y valiente, de ojos claros, que no había aprendido en las tempestades del Océano lo que son las tempestades del mundo?

Era él, Pablo, el verdadero niño al lado de aquella muchacha, pues la mujer entra sin transición en su papel, ó si preferís en su destino. Su bella ignorancia se había complacido hasta entonces en perseguir las quimeras de la gloria y en mantenerse en el estricto cumplimiento del deber.

Fuera de sus estudios técnicos y especiales, que hacían de él uno de los oficiales de más porvenir de la Armada; fuera de algunas lecturas, la mayor parte serias y las restantes hechas al azar en el fárrago inmenso de las publicaciones frívolas, Pablo no había tenido tiempo para aprender nada.

Mandaba á la sazón un torpedero.

Habíasele hecho el favor de colocarlo á las órdenes de su hermano, que le llevaba diez años y que era comandante de la defensa móvil de Lorient.

Desde que tomó el mando del torpedero había participado de la existencia de Lena, viviendo bajo el mismo techo, comiendo á la misma mesa, sin sospechar siquiera que pudiera surgir entre ellos nada desconocido, nada que ni el uno ni el otro hubiesen previsto.

Además ambos buenos y puros, como todo aquello que ni aun por la sombra de una sospecha fué manchado nunca, parecían hechos para pasar del viejo salón con artesonados de encina donde se cambian los anillos del desposorio, á la vieja iglesia de bóvedas grises donde se pronuncia el *sí* de la consagración eterna.

Pero aquel relámpago de visión íntima se apagó pronto, y ya no fueron los dos jóvenes más que el primo y la prima que se reían alegremente ante la hipótesis de que la suerte hubiera hecho á Magdalena pupila de Pablo.

— ¿De modo, dijo éste, que te parece imposible que yo hubiera podido ser tu tutor, Lena?

La joven volvió á reírse estrepitosamente, repitiendo entre sus carcajadas:

— ¡Sí, sí! ¡Pues ya lo creo!

Aquella risa era una de las seducciones de Lena, dotada ya por la naturaleza de tantas otras. Era una risa comunicativa, que se apoderaba del espíritu hasta el punto de disipar los pensamientos más graves en los cerebros reflexivos, como la brisa matinal disipa las nubes oscuras en un cielo de mayo. Había en ella una encantada música, una armonía suave y embriagadora. Cuando abría sus labios rojos y henchía, dilatándola, su garganta, estaba Lena verdaderamente irresistible. Sentíase el deseo de caer á sus pies de rodillas, exclamando en actitud suplicante: «¡Oh! ¡Ríe otra vez más!» Pablo, cautivado, arrebatado por el contagio de aquella hilaridad juvenil, se entregó á esa alegría que se experimenta cuando algunas veces en la vida vuelven á sentirse las francas expansiones de la infancia. Ofreció el brazo á su prima, diciéndole:

— Dime, Lena, me has contestado hace un momento, hablando de los enfados de miss Gwen, que te importan poco; si ningún cuidado te dan, ¿qué es lo que te inquieta entonces? ¿Por qué corrias?

La ruidosa alegría de Magdalena calmóse bruscamente:

— Tengo miedo de que mi tutor se enfade.

— ¿De que tu tutor se enfade? ¿Y por qué ha de enfadarse?

La joven meneó su bonita y graciosa cabeza.

— Porque salí á las siete de la mañana sin decir nada á nadie y vuelvo tarde á almorzar.

El teniente de navío miró su reloj y exclamó:

— En efecto, es algo tarde.

Lena se mostró desolada al oír estas palabras, que después de todo, no contenían nada nuevo para ella. Luego exclamó en tono quejumbroso:

— ¡Oh, primo mío! ¿Qué es ya lo que puedo hacer?

(Continuará)

LAS MUJERES EN LA EXPOSICION

DE LA REAL ACADEMIA DE LONDRES

Sabida es la importancia que tienen las exposiciones que anualmente se celebran en la Real Academia de Londres, á las que concurren con sus más notables producciones los más famosos artistas del Reino Unido. La mayor escrupulosidad preside en la admisión de obras, y merced al sano rigorismo ejercido por el jurado, cuantos cuadros, esculturas y dibujos en esas exposiciones figuran llevan desde luego y por el solo hecho de haber sido admitidas la mejor demostración de su valía.

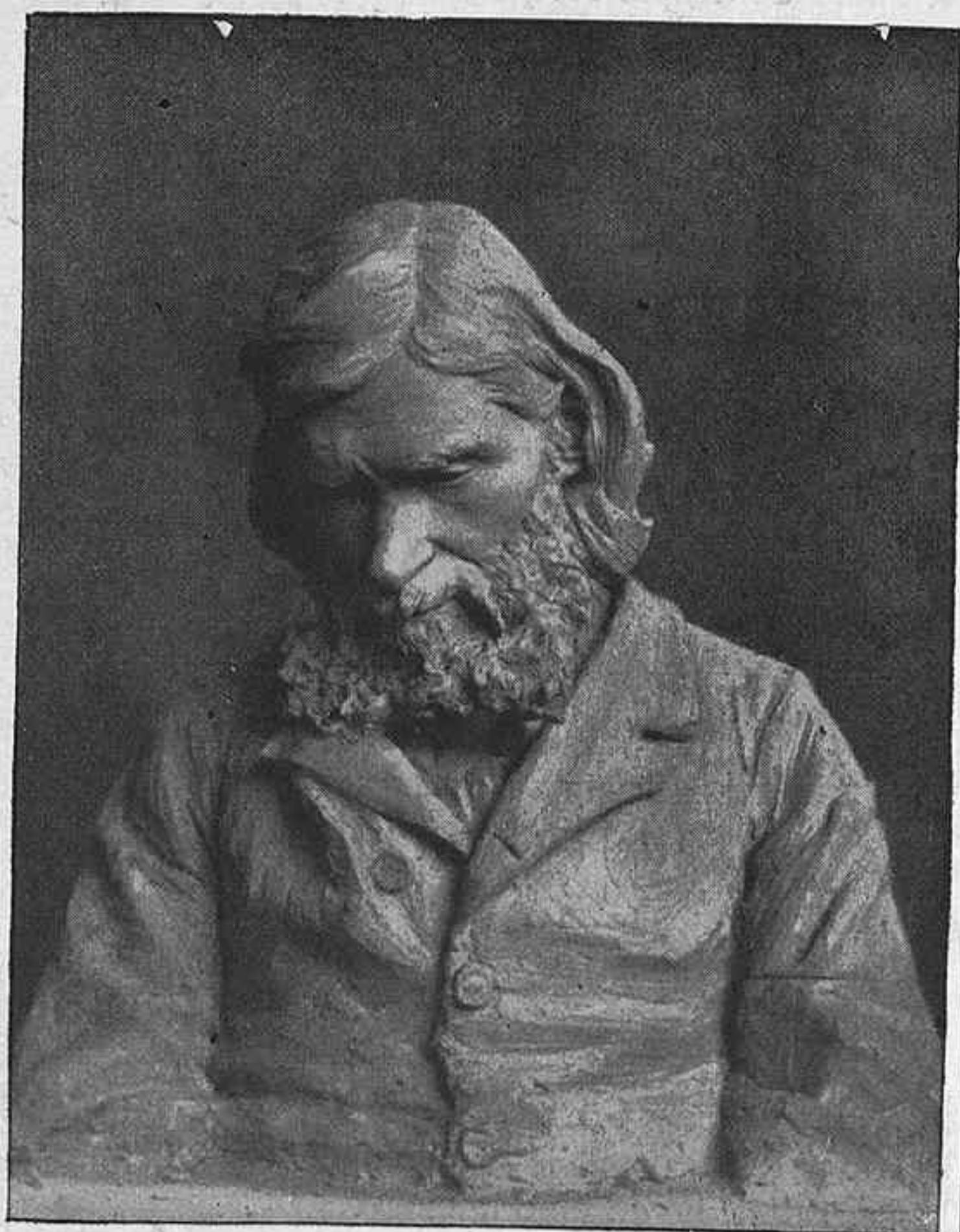
Muchas son las señoras y señoritas que en Inglaterra se dedican á las bellas artes y no pocas las que han logrado ocupar un puesto eminente en aquel mundo artístico y cuyos nombres han adquirido también gran notoriedad en el extranjero. La concurrencia de las mismas á las exposiciones de la Real Academia londinense ha ido aumentando de año en año, y hoy alcanza proporciones tales, que en la última el número de expositoras se ha acercado á doscientas.



BUSTO DE NIÑO, obra de Miss Edith A. Bell

La mayoría de éstas han expuesto cuadros al óleo, al pastel, á la acuarela y miniaturas; esculturas sólo ha habido nueve. Entre las obras pictóricas las había de todos géneros, y si bien predominaban los retratos, los paisajes y las flores, no faltaban cuadros de género perfectamente observados, algunos de historia grandiosamente concebidos y pinturas inspiradas en el más puro idealismo y en el simbolismo que impelen las más recientes tendencias como reacción fatal y necesaria contra los excesos cometidos por los realistas extremados en estos últimos tiempos.

Mucho menos numeroso ha sido el concurso de las esculturas, pero bien puede afirmarse que la calidad suplía á lo que en cantidad faltaba, habiendo me-



PIETRO CORSI, escultura de Miss F. Isabel Swan

recido todas las obras que en esta sección figuraban los más entusiastas elogios de la crítica.

Como muestra de la producción femenina en la exposición que nos ocupa, publicamos en esta página dos cuadros y cuatro esculturas, por los cuales puede formarse idea de la parte que las mujeres han tomado en ella y justifican lo que ya casi no necesita justifi-



DIES NATALIS, cuadro de Miss Margarita Wake

cación, las aptitudes de la mujer para el cultivo de las bellas artes. Y decimos que esto no necesita justificación porque del mismo modo que el movimiento se demuestra andando, la mujer ha demostrado siempre, pero más de algunos años á esta parte, con sus obras, que es capaz de hacer tan bien, y algunas veces mejor que el hombre, lo que un tiempo se creyó patrimonio exclusivo de éste.

Pásese revista á todas las naciones civilizadas de ambos continentes, y en todas ellas se encontrarán al lado de los grandes hombres mujeres ilustres que en literatura, en bellas artes, en todas las ramas del sa-



LA PRIMERA LECCIÓN, cuadro de Mistris J. W. Grey

ber humano han conquistado universal renombre. ¿Hemos de citarlas? Para qué, si en la mente de todos surgen sin esfuerzo alguno los nombres de las escritoras y artistas que en Europa y América han aportado materiales valiosísimos al edificio de la vida del espíritu! Novelistas, poetas, críticas, sociólogas, filósofas, pintoras y escultoras proclaman hoy en día con sus hechos esa igualdad intelectual contra la que tanto se ha dicho y que de tantas burlas ha sido objeto, destruyendo ridículas prevenciones y contestando con obras á innecesarios ataques.



BUSTO EN RELIEVE DE G. CLARK, obra de Miss Florence H. Steele

La mujer moderna, recordando lo que de su sexo dijeron algunos dómines aferrados á rancias doctrinas antropológicas y á absurdas cuanto injustas teorías sociológicas, recordando que aquéllas le negaron aptitudes para dedicarse á ciertos trabajos y éstas no le concedieron derechos para el ejercicio de ciertas profesiones, puede contestarles como el personaje de Calderón: ¡Vive Dios que pudo ser! Lo que la sociedad no ha querido concederle, ella se lo ha tomado por derecho de conquista, y lo ha tomado luchando heroicamente contra necios prejuicios, tomando una por una las posiciones que la tradición construyera y que el hombre considerara inexpugnables. Ciertamente quedan aún algunas fortalezas que hasta ahora han resistido sus asaltos; mas la constancia en los ataques de una parte y la debilidad cada vez más patente en la defensa, de otra, permiten predecir para dentro de



BUSTO EN RELIEVE, obra de Miss Frances A. Dudley-Rolls

muy breve plazo el triunfo completo de las aspiraciones femeninas; triunfo que, dicho sea de paso, no ha de significar la igualdad absoluta de los dos sexos, que las mismas mujeres de talento rechazan, sino la «igualdad en la diferencia», como ha dicho Ernesto Legouvé, el reconocimiento de su perfecto derecho á desenvolver plenamente sus actividades intelectuales y á participar con el hombre de todas las prerrogativas que la manifestación de las mismas trae consigo.

Y si esto ha logrado la mujer por su solo esfuerzo y teniendo que vencer grandes obstáculos, ¡qué hubiera sido si desde antiguo se le hubiese allanado el camino para llegar adonde sin ayuda de nadie ha llegado! ¡Qué será el día en que halle para el desenvolvimiento de su inteligencia y para el ejercicio de su actividad las facilidades que le son debidas!

«El día en que la educación de la mujer será dirigida de una manera racional — ha dicho Devilliers, — sus facultades se desarrollarán normalmente y sus especiales aptitudes lograrán su entera expansión.»

Hagamos votos para que llegue pronto este día y contribuyamos todos en la medida de nuestras fuerzas á destruir los últimos baluartes que se oponen á la rehabilitación completa de la mujer. — A.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

EL MUNDO DE LOS NIÑOS, por Emilia M. de A. - Colección de cuadros dramáticos de salón que pueden representar niños de varias edades: su autora, distinguida dama barcelonesa que oculta su aristocrático nombre bajo el pseudónimo de Emilia M. de A., se ha propuesto con ellos acostumbrar á los niños á presentarse bien y á hablar delante de las gentes, y lo ha conseguido por completo con esta serie de monólogos y diálogos tan sencillos como interesantes. El libro, editado por la casa Bastinos, lleva bonitas ilustraciones de Luis Masrera y Julián Bastinos y está lujosamente encuadernado.

DOS PASCUAS, poema por Francisco Tomás y Estruch. - Composición inspirada en nobles sentimientos y escrita en armoniosos versos libres, que fué premiada en el certamen científico-literario celebrado en 1896 por la Sociedad Protectora de Animales y Plantas, y por la cual merece sincero aplauso su autor, el conocido publicista Sr. Tomás y Estruch. Véndese á cincuenta céntimos.

ALMANAQUE BASTINOS. - La importante casa editorial barcelonesa de Antonio J. Bastinos ha publicado el almanaque correspondiente á 1897 que, además de constituir un catálogo de las principales obras de aquélla, contiene varios trabajos ilustrados de tan amena como útil lectura.

TAÑIDOS Y PULSACIONES, por José Anguera Bassedas. - Colección de poesías del poeta reusense Sr. Anguera: en algunas de ellas canta con elevación de pensamientos y en inspirados versos los grandes sentimientos y los más bellos ideales de la humanidad. Ha sido impresa en Reus, en la imprenta de Hijos de A. Sanjuán.

BUTLETTÍ DE LA INSTITUCIÓ CATALANA DE MÚSICA. - Ha empezado á publicarse en esta ciudad este boletín, órgano de la asociación musical que el título indica, que contiene interesantes noticias musicales.

BARCELONA Á LA VISTA. - Se ha publicado el cuaderno quinto de este importante álbum de fotografías inéditas que con extraordinario éxito edita en esta ciudad D. Antonio López. Las 16 vistas que contiene son á cual más interesantes y reproducen algunos de los principales sitios y monumentos de Barcelona. Véndese á 30 céntimos.

ALMANACH DE «LA CAMPANA DE GRACIA.» - Como todos los años, contiene este almanaque trabajos chispeantes de nuestros mejores prosistas y poetas y preciosos dibujos de nuestros primeros artistas: digno continuador de sus antecesores, merece como éstos el favor que siempre ha dispensado el público á tan popular publicación. Véndese á dos reales.

LA NIÑA ARACELI, por J. López Valdemoro. - Interesante y bien escrita novela que forma el tomo 48 de la Colección Diamante con tanto éxito publicada por el editor barcelonés D. Antonio López: su autor, el conde de las Navas, ha demostrado en ella una vez más sus notables dotes literarias. Véndese á dos reales.

SUPREMA LEY, por Federico Gamboa. - El reputado escritor mexicano, correspondiente de la Academia Española, D. Federico Gamboa, ha ganado con su novela *Suprema ley* un nuevo laureo en su brillante carrera literaria. Esta obra, ajustada á lo que la actual novela exige, tiene una acción interesante, personajes perfectamente estudiados y escenas admirablemente observadas, y está escrita en elegante y castizo estilo. La novela ha sido editada por la casa de la Viuda de Ch. Bouret (París, 23, rue Visconti, y México, 14, Cinco de Mayo).

PANORAMA NACIONAL. - Se ha puesto á la venta el cuaderno 12 de esta importante publicación que edita en Barcelona D. Hermenegildo Miralles, y que contiene 14 notables vistas fotográficas de interesantes monumentos de Mérida, San Lorenzo del Escorial, Habana, Córdoba, Málaga, Matanzas, Alcalá de Henares y Barcelona, y un gran panorama de Zaragoza. Véndese á 70 céntimos.

LA GENTE DEL PUEBLO. - Graciosa pieza de costumbres en un acto y tres cuadros, que sus autores, nuestro querido amigo y colaborador D. Alejandro Larrubiera y D. Antonio Casero, califican de humorada cómico-lírica. Está muy bien escrita, en prosa y verso, y ha sido estrenada con gran éxito en el teatro de Romea de Madrid.

EL KAMBIO DE KOMPOSICIÓN KE ESPERIMENTA EL AGUA DE «EL SALTO» DURANTE EL IMBIERNO, por K. Newman. - Notable folleto que aumenta la lista de trabajos científicos llevados á cabo por el Sr. Newman, de muchos de los cuales nos hemos ocupado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Está escrito con la ortografía introducida por algunos escritores chilenos y ha sido impreso en Santiago de Chile en la imprenta Roma.

AZAHARES, versos líricos por José S. Chocano. - Colección de inspiradas poesías del notable poeta peruano que con razón figura entre los primeros vates de la América latina. Pertenecen á diversos géneros, están escritas en fáciles y armoniosos versos y abundan en ella los mas bellos pensamientos. El tomo, impreso en Lima, véndese á un sol.

LA ESCUELA DE EL SALVADOR. - Hemos recibido los números 7 á 10 del año once de esta revista salvadoreña que dirige la señorita Adela A. Orantes: contienen interesantes artículos pedagógicos y bonitos trabajos literarios y están ilustrados con retratos de personalidades importantes de aquella república.

Agua Léchelle

HEMOSTATICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. - Depósito GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

SIMIENTE DE LINO TARIN

Preparado especial para combatir con suceso

Los Estreñimientos, Colicos, Bochorros y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas»).

Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche

La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE

Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.

El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE

Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE

La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo. TARIN, Farmacéutico de 1ª Clase, ex-interno de los Hospitales PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias



Jarabe Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de BERGEOTINA BONJEAN

HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S^a de F^a de París LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abalorios, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS. Suprime los Cólicos periódicos. E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS. En MADRID, Melchor GARCIA, y todas las farmacias. Desconfiar de las Imitaciones.

PILDORAS DEHAUT

Las Personas que conocen las PILDORAS DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



UNGUENTO ROJO MÉRÉ

CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS

Cojeras • Alcance • Esguinces • Agriones Infiltraciones y Derrames articulares Corvazas • Sobrehuesos y Esparavanes

Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se extienden á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÉRÉ

BALSAMO CICATRIZANTE

Para toda clase de Heridas y Mataduras de lo: Animales. EN TODAS LAS DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de la gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^a-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C^{ia}, 2, rue des Lions-St-Paul, á París. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAS DE APIOL DE LOS DE JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



UN MARINO, cuadro de Virginia Demont-Breton

La señora de Demont-Breton es una de las artistas francesas que mayor fama han conseguido en nuestros días, y sus obras han alcanzado siempre entusiastas aplausos del público y de la crítica. Su nombre es conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, quienes han podido admirar, reproducidos en estas páginas, algunos de sus mejores lienzos; por esto al publicar hoy *Un marino* nada añadiremos a lo que en otras ocasiones hemos dicho.

UNA VISIÓN,
bajo relieve de Jorge Frampton

El autor del bajo relieve *Una visión* ha sabido imprimir en su obra el carácter idealista que tan bien cuadra con el asunto escogido y que tanto prevalece entre los actuales pintores de Inglaterra, paisanos de Jorge Frampton, cuyos cuadros y esculturas, inspirados muchos de ellos en la escuela prerrafaelista, contrastan notablemente con las tendencias en boga en otras naciones y son expresión de una reacción poderosa contra las exageraciones del realismo.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B. BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK
Estreñimiento,
Jaqueca,
Malestar, Pesadez gástrica,
Congestiones
curados o prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MÉDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles e Influenza.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito e igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

II - CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO PASTILLAS Y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rótulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARRERAS-CAZA
EMBROCACIÓN MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Frasco 5fr.
en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C^{ie} B^e St-Denis, 48

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^a BRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS Y JARABE
DE
BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
etc., etc.
Exigir la firma y el sello de garantía.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESIÓN
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.

UNGÜENTO ROJO MÉRÉ
DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS
DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1887 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN